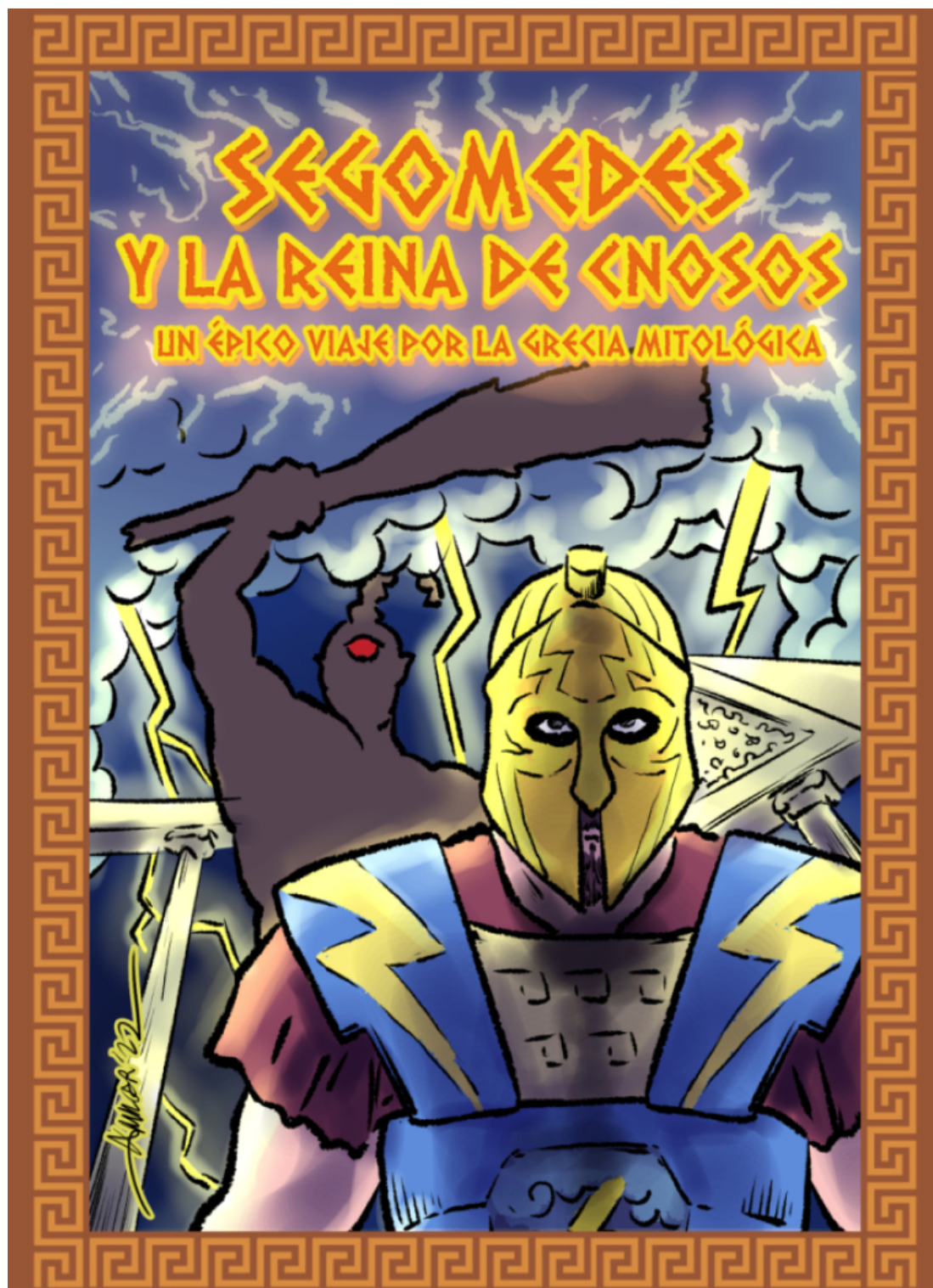


Segomedes y la reina de Cnosos

Amilcar García Llacer



Capítulo 1

Segomedes y la reina de Cnosos

Prólogo

El hoplita, tras la orden de su superior, realizó el imprudente salto hacia el foso, flexionando las rodillas y quedándose agazapado, lanza lista, esperando que algo le atacara desde las sombras.

—No hay nada —susurró aliviado, irguiéndose.

El grupo de veinte hombres no había movido su atención de la jaula que colgaba en el centro de la bóveda. Si en el interior estaba la mujer a la que habían venido a rescatar, no podían verlo. De todos ellos, solo uno movía las pupilas de lado a lado frenéticamente: Segomedes examinaba la sala.

—Siempre hay trampas —murmuró mesándose la punta de la barba, apenas visible con el casco corintio puesto.

—Qué desconfiado eres, tebano. —A su izquierda, el capitán reía señalando la manivela al otro extremo de la sala—. Koropalos y Deneo, ayudadle y bajad la celda.

Antes de la pareja de soldados se decidiera a obedecer, el primero, todavía poco convencido de que fuera seguro, dio un brinco.

—¡Algo me ha escupido! ¡Serpientes, me han escupido, me han...!

Comenzó a dar vueltas sobre sí mismo dando pisotones como si estuviera chafando uvas explosivas.

Segomedes y Deneo extendieron los brazos hacia él, no para ofrecerle una mano salvadora, sino para alumbrar con sus linternas de aceite. Aun así, no podían distinguir qué se ocultaba en las sombras que tanto alarmaba al soldado. Triskenio, en cambio, optó por burlarse.

—¡Las serpientes no escupen, imbécil!

Tras un gruñido de dolor, el hoplita dio media vuelta con intención de trepar por el escalón de un metro para volver con el grupo, pero antes de llegar, la pierna derecha quedó clavada en el sitio, como si pesara una tonelada.

—¡No son serpientes! —exclamó pudiendo advertir antes de que una de las criaturas le saltara al cuello.

La veintena de soldados no pudo hacer nada para salvarle, observaron en silencio mientras su compañero se defendía inútilmente en sus últimos momentos, arrancándose la criatura de encima... pero demasiado tarde, pues el veneno ya goteaba por su piel y era bombeada por su sistema circulatorio.

—¿Ves? Por eso siempre envías a los novatos primero, tebano —sentenció Traskenio con parsimonia, todavía con los brazos cruzados, observando la escena desde la seguridad que le daba la altura.

Segomedes no respondió. Ya había calado al capitán de la guardia desde el primer día, aquello no le sorprendió. Abajo, el cuello del hoplita se transformaba en piedra, y sin sangre ni oxígeno que le llegara a la cabeza, sus gorgoteos ahogados resonaron en la bóveda de la cueva antes de quedar inmovilizado por completo. Las víboras saltaron sobre su cuerpo, y en cuestión de segundos no era más que un elemento de decoración de exteriores.

Mirándose entre ellos y cuchicheando, los soldados ponderaban la opción de dar media vuelta y abandonar la misión. Muerte o exilio, una difícil decisión.

—Siempre hay trampas —repitió Segomedes, girando el cuerpo para fulminar con la mirada a los presentes y agitando la linterna varias veces—. Por eso seguiremos con el plan.

Con un enérgico lanzamiento, la lámpara se estrelló en el centro de la sala, desprendiendo un fogonazo de luz y salpicando el inflamable aceite en un amplia área, que pronto atacaría a todo ser reptante que hubiera, por muy camuflado que estuviera.

—¡Allí, las veo! —Señaló Deneo.

Una docena de arañas flameantes trataban, en vano, huir de las llamas trepando por las paredes. En cuestión de segundos comenzaron a caer, ante la satisfacción de Traskenio y el resto, que celebraban el éxito del

ardiz del tebano.

No tenían prisa. Esperarían a que el líquido se consumiese, y entonces bajarían. O ése era el plan.

—Atención.

Segomedes atrasó la pierna derecha y elevó el escudo: la figura de una criatura, de varios metros de ancho y múltiples extremidades, descendía desde lo alto de la bóveda, haciéndose visible a la luz de las llamas.

—¡Esto no formaba parte del plan!

—¡Nadie nos dijo que tuviéramos que luchar contra estos monstruos!

—¿De qué me sirve el oro si estoy muerto...?

Se escucharon varios escudos caer a sus espaldas, y los consiguientes pasos de los cobardes que no iban a seguir su plan. Aquello tampoco le sorprendió.

Por su parte, el capitán Traskenio observó a la criatura que quedaba con los ojos enrojecidos de furia.

—Inútiles... juro que...

Pero su maldición nunca llegó a oídos de los dioses: un escupitajo le empapó la coraza, y sin poder expresar en palabras su dolor, el bronce, piel, carne y órganos se derretieron, dejando en su lugar una masa de humo verde pútrido. Morir así no era algo que los mercenarios tracios ansiaran, así que dieron media vuelta.

Por el extremo de su abdomen, el arácnido expulsó un líquido que extinguió las llamas, y se dejó caer en el foso, justo de frente ante los invasores. Sus ocho patas se estiraron, y elevándose más de tres metros, sacudió la roca con un agudo aullido de puro odio que obligó a los soldados a taparse los oídos durante un segundo, frenando su escape.

Abriendo las mandíbulas, tan anchas que bien podían engullir un escudo de un bocado, la araña gigante encorvó el cuerpo hacia el humano que permanecía en pie, impasivo, cuya silueta se dibujaba en todos y cada uno de sus ojos.

Segomedes reconoció el sonido similar a un ronquido entrecortado en la garganta de la bestia: preparaba un segundo escupitajo mortal, era la

cuenta atrás.

—¡Tebano, vámonos de aquí! —Gritó uno, tambaleándose sin poder dar un paso más. Su gesto quedó encogido al ser ver la silueta del mercenario saltar al foso.

A un paso de distancia del muro de piedra que formaba un círculo, Segomedes, el tronador de Tebas, hizo frente a la bestia.

—Hsss.



SEGOMEDES
Y LA REINA DE CNOSOS

XUMAR '22

No quería arriesgarse a que el fluido que ahogó las llamas fuera pegajoso y terminar su día antes de cobrar la recompensa. Sus pasos, lentos pero decididos, comenzaron a formar un círculo alrededor de la bestia, obligándola a girar todo su cuerpo para mantener contacto visual con él, ya que la sala no era mucho más ancha que la criatura.

La criatura siseó de nuevo, tal vez maldiciendo en su idioma, tal vez en un alardeando de lo enorme que era en comparación con el humano.

A seis metros de altura, la jaula, de donde no se escuchaba ningún signo de vida. En aquel bullicio, uno pensaría que, la mujer apresada despertaría para dar señales de vida, pero no.

—¿Pero qué hace?

— ¡Está loco, dejadle!

—¡Hah! —. Segomedes extendió el brazo en un intento de pinchar la cabeza pero le faltaba rango, y su adversaria lo sabía.

La pata delantera izquierda intentó terminar con el tebano, pero la panoplia que portaba era una obra maestra de la metalurgia griega, y aunque su espalda chocó con la roca, el escudo resistió el envite a la perfección.

—¡Distraedla, cuando vaya a disparar atacaré! —ordenó haciendo más amagos de pinchar con la lanza. No iba a alcanzarle ni amedrentarle, pero era necesario mostrar a su adversario que tenía armas y podía herirle para ganar unos segundos vitales.

Con otro aullido, las mandíbulas de la araña se contrajeron y elevando su cuerpo, terminaba de preparar el gargajo letal.

Segomedes miró hacia el túnel y apretó los labios, todo apuntaba a que se había quedado solo; no es que le sorprendiera. Otro envite bloqueado, pero hasta un niño sabe que no se puede vencer yendo a la defensiva.

—Tres, dos...

El proyectil de ácido era más rápido de lo que esperaba, y aunque dio un salto a la derecha para esquivarlo, su hoplón con el rayo de Zeus rodeado de nubes azules brillantes, se transformaba en metal líquido en cuestión

de segundos, alcanzando el brazalete de refilón.

Con un gruñido para ignorar el dolor del bronce derritiéndose sobre su antebrazo, lanzó el escudo hacia los ojos de la bestia, un intento astuto, pero antes del impacto, ya se había disuelto, y el ácido, completamente evaporizado. Debía continuar girando, mantener las ocho patas de la araña en constante esfuerzo. Había dado media vuelta ya.

Un tercer envite que apenas pudo esquivar y de nuevo, el sonido de otro proyectil gestándose en interior de la abominación.

—¡Tebano, tebano!

Segomedes estiró el cuello para ver a cinco hoplitas que se asomaban por el túnel, escudos en alto y lanzas preparadas. Aquello sí le sorprendió.

La araña preparaba su ácido disolvente, era el momento.

—¡Ahora! —ordenó Segomedes.

Cuatro lanzas salieron disparadas hacia la espalda de la araña, dos de ellas resbalaron en su duro pelaje, pero las otras consiguieron dar en el blanco en un ángulo correcto consiguiendo penetrar un palmo en la carne.

—¡Hsss!

En un espasmódico giro, la araña trató de visualizar los nuevos intrusos, que creía fuera del juego.

—¡Allá va!

Una segunda linterna explotó sobre su abdomen y Segomedes dio un paso adelante. Su lanza se abrió paso a través de salpicones ígneos hasta que la punta de hierro perforó el cuello de la bestia, interrumpiendo el proceso regurgitivo: la erupción de lluvia ácida cubrió sus mandíbulas.

Desenvainó la espada, y con un elegante golpe ascendente, cercenó la primera pata, desequilibrándola.

—¡A por ella! —gritaron los hombres, saltando al foso eufóricos por el cambio que el destino les había concedido.

—¡Cuidado!

La araña, incapaz de ver de dónde venían los cortes, se defendió violentamente sacudiéndose en todas direcciones y clavando su garra en uno de los hoplitas, mostrando su asombrosa fuerza al atravesar una

coraza de bronce de lado a lado.

Segomedes continuó su marcha, cortando la segunda extremidad, y por fin, la criatura perdió altura, cayendo sobre su propio abdomen.

—¡Vamos, vamos, ahora!

Entre los cinco dieron muerte a la criatura. Habían perdido a dos hombres y su capitán, y trece de ellos habían huido, pero eso significaba que la recompensa sería todavía mayor para ellos.

—¡Lo hemos conseguido!

—¡Proeza digna de semidioses!

—¡Esperad a que llevemos sus ojos al rey, seremos famosos!

Mientras los soldados de Cnosos celebraban, Segomedes apoyó la espalda para retomar el aliento. Ya se había enfrentado a criaturas similares en anterioridad, pero aquella vez de veras había ido de muy poco, demasiado para su gusto.

Por si fuera poco, tanto el hoplón como la lanza habían quedado inservibles. Quiso gritar y maldecir, pero la experiencia le había enseñado a no blasfemar, mucho menos, insultar a los dioses, así que se guardó sus pensamientos para él mismo. Al fin y al cabo, las armas podían reemplazarse.

—Buen trabajo.

Alzó la mirada. Uno de los hoplitas de la guarida, llamado Deneo, de barbas largas y capote azul, alargaba la mano esperando que le devolvieran el gesto.

—Todavía no hemos terminado. —No es que Segomedes quisiera mostrarse maleducado expresamente, pero tenían un trabajo y aquel lugar no era seguro —. Tenemos que llevar la mujer hasta vuestro rey.

El sistema de poleas era sencillo. El mecanismo en el lado izquierdo les permitió, con cierta dificultad, que las cuerdas descendieran a la supuesta prisionera que esperaba su rescate. Segomedes no podía esperar, la intriga le corroía más rápido que el ácido lo había hecho con su escudo. Era obvio que la jaula, así como el mecanismo, eran productos del hombre. ¿Por qué entonces había una araña gigante allí? ¿Y dónde estaba el guardián del que les habían advertido? Centró sus pensamientos en el presente. Subió el escalón para ser el primero en ver si la reina de Cnosos

seguía con vida.

Pero la silueta oscura que había tras los barrotes no era humana. Parpadeó varias veces, con esperanza de que el cansancio hubiera confundido sus sentidos, pero entonces vio claramente de qué se trataba: aquello lo cambiaba todo.

No fue necesario que la jaula bajara por completo, todos reconocieron la criatura. Al contrario que Segomedes, los cuatro hoplitas no se mostraron sorprendidos, lo cual sólo podía significar una cosa. Es más, giraron al unísono, apuntando sus hierros hacia él.

Colocándose el capote azul sobre los hombros, Deneo repitió sus palabras, esta vez con una larga sonrisa.

—Gracias, tebano.

Apreciando la ironía, expulsó aire por la nariz.

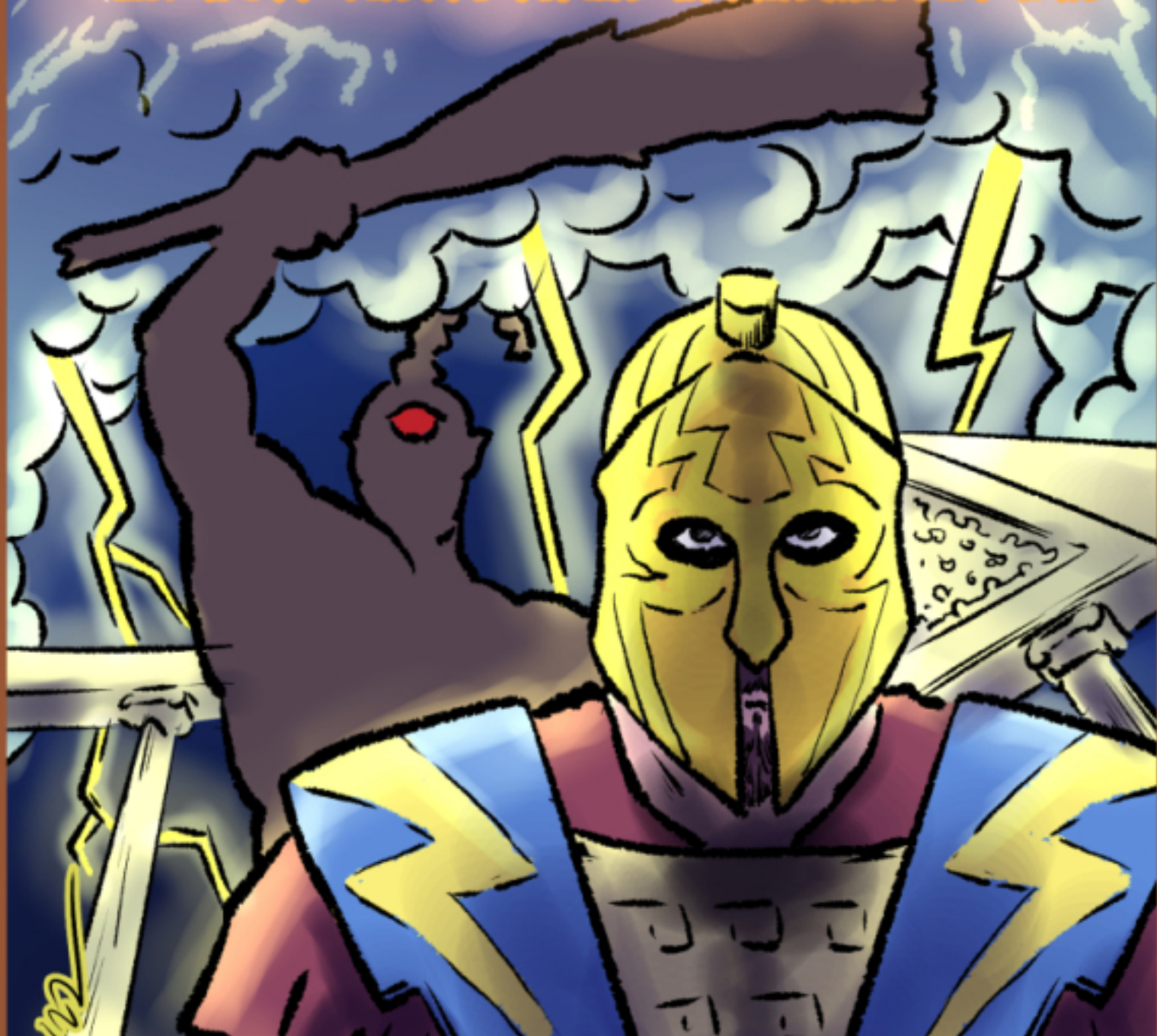
—Siempre hay una trampa, ¿eh?

La antigua Grecia, donde la mitología se mezcla con la realidad, y las criaturas fantásticas inician eventos que forjarán las futuras leyendas de los hombres.

El tebano Segomedes cayó en desgracia, siendo esclavo durante cinco años. Mercenario de Sátrapas, reyezuelos y tiranos, intenta ganarse la vida empleando las habilidades guerreras que la experiencia le ha otorgado.

SEGOMEDES Y LA REINA DE CNOOS

UN ÉPICO VIAJE POR LA GRECIA MITOLÓGICA



Te doy la bienvenida a este pequeño proyecto, en el que iré trabajando poco a poco, posiblemente, un capítulo al mes.

Si te gusta la mitología, las aventuras, viste las series de Hércules y Xena o te sentirás como en casa. Al final de cada episodio tendrás un glosario con las palabras que puedes desconocer.

Gracias por leer, no olvides suscribirte, dar el like (es gratis) o dejar un comentario.

Etimos?

Glosario

Hoplita: soldado de infantería pesada griega.

Cnosos: ciudad más importante de la isla y ciudad estado de Creta, al sur del archipiélago griego, al sur de Esparta.

Panoplia: equipamiento completo del hoplita. Se componía por lanza, espada, escudo, casco, peto (bronce o linotórax), grebas, tobilleras y protección de brazos.

Hoplón: escudo ovalado, muy usado por los espartanos. Su forma permitía repartir el peso sobre el hombro a la vez que ofrecía buena protección.

Gracias por leer, no olvides suscribirte, dar el like (es gratis) o dejar un comentario.

Nos vemos en el próximo capítulo.

Is Machin!

Capítulo 2

Capítulo I

(El contrato)

El alboroto era lógico, no había nadie que no se sintiera aliviado a bordo. Tras un fallido asalto por piratas, aquella sirena que no callaba llevándose a uno de los marineros y un polizone echado al mar, llegaban a puerto.

Los remeros bajaban el ritmo y las gaviotas seguían el navío al interior del muelle, donde un centenar de personas esperaban la llegada del navío.

—Toma.

Una bolsa de monedas apareció en la mano derecha de Segomedes.

—¿Y ésto? —preguntó volviéndose. Era el capitán del barco, un prácticamente anciano de barbas largas, calva reluciente y mirada profunda.

—Vuestro pasaje, mas una propina. Es lo mínimo que puedo hacer, después de que nos echarais una mano con los piratas. Malditos tracios...

Con un asentimiento a modo de agradecimiento, entregó la bolsa al joven que tenía a su izquierda, quien, diligentemente, la guardó en su zurrón con el resto de los fondos conjuntos.

—Dime. ¿Cuánto te quedarás en Cnosos? Veo que sois capaces, y me vendría bien teneros en mi próximo viaje.

Segomedes negó a la vez que señalaba a la muchedumbre que esperaba impacientemente el barco con provisiones, artículos de lujo, potenciales clientes y noticias del resto del mundo. Entre ellos, una docena de soldados se abrían paso para ser los primeros en recibir a los visitantes.

—Ah, entiendo, ya tienes un encargo. Que los dioses sean contigo, tebano, y no dudes en venir a mí cuando termines el trabajo pendiente.

—No creo. Éste va a ser mi último —asertó Segomedes con grave tono sin perder de vista a los hombres armados con lanzas y bronce, penachos incluidos.

El capitán debía volver su atención a otros asuntos y asegurarse de que “El bocado de Nemea” amarraba de forma segura. En tierra, la gente se agolpaba para dar la bienvenida, ofreciendo sus productos en venta, sus posadas y hasta esclavos para aquellos que pudieran permitirse el lujo.

Tofilio cruzó los brazos, observando a Segomedes en silencio hasta que éste reaccionó.

—Es normal —explicó el tebano—, nos acompañarán hasta el palacio, tendremos una audiencia, y se nos ofrecerá hospedarnos allí mismo para tenernos vigilados.

La idea de pasar una temporada en un palacio no disgustó al espartano.

—Y supongo que, como protocolo, aceptaremos.

Segomedes rompió en una carcajada que asustó a las gaviotas, encorvando el cuerpo hacia atrás y tapándose medio rostro con la palma de la mano.

—Oh, no, no, Tofilio —. Consiguió decir entre risas.

Tras propinarle una enérgica palmada en la espalda, se alejó.

—Nos negaremos rotundamente: no te fíes de nadie. ¡Apréndetelo bien!

Tanto a bordo como en tierra, los presentes se miraron los unos a los otros, preguntándose cuál debía ser el motivo por el que una comitiva esperaba. Los pasajeros, cargados con sus pertenencias, o seguidos de sus esclavos los más pudientes, permanecieron en cubierta: nadie quería abandonar el barco. Los marineros temieron lo peor, pues bien podía ser que su capitán hubiera hecho algún trato no muy honesto, algo que coincidieron en que era poco probable. Tampoco podían saber lo de los piratas, así que no tenía sentido.

—Ya lo tengo —dijo uno de los remeros nubios, señalando el camino del puerto que llevaba a la zona alta, dirección al palacio—, hemos llevado a

alguien importante sin...

La masiva figura de un hombre con espaldas de toro y piernas que más bien parecían dibujadas a partir de una escultura de un coloso, estampó su sandalia contra la pasarela. La luz convertía el rojo rubor de su túnica en un tono de calabaza chillón, ganándose todavía más atención a cada uno de sus pasos, sonoros a la vez que ágiles, movimiento que los brazos acompañaban. Todo ésto sumado al mentón en alto y puños cerrados, le daban, merecido o no, un aire de superioridad que nadie pasó por alto. Varios autóctonos susurraron, preguntándose si se trataba de algún diplomático o dignatario de otra polis.

Seguido de él, un joven en magnífica forma, demasiado bien nutrido y entrenado para ser esclavo, aunque iba cargado con dos bolsas a punto de reventar, además de un casco corintio colgando de uno de los lados. Todo y que parecía llevar un peso considerable, no parecía necesitar el mínimo esfuerzo para portar las pertenencias.

El tebano se plantó frente a los soldados ante la expectación de los presentes, mientras el espartano bajaba a paso lento, tomándose su tiempo contemplando la tan bulliciosa como magnífica ciudad de Cnosos: edificios de varias plantas de altura cuyas fachadas vibraban en colores variados, en especial tres templos que destacaban por su altura, similar estructura y techado triangular. Las calles que desembocaban en el puerto estaban cuidadosamente adornadas con vegetación, fuentes y caminos de piedra. Cientos de personas yendo y viniendo, intercambiando bienes, gritándose, corriendo caóticamente.

Tofilio quedó embelesado por el contraste con su tierra natal.

—Soy Segomedes, el tronador de Tebas, y he venido por un encargo –se presentó ante los soldados, señalando la parte alta de la ciudad, en lo alto de la sima.

—Bienvenido a Cnosos, tebano. Traskenio, capitán de la guarida, te saluda. Si tú y tu esclavo nos acompañáis... es mejor hablar en privado.

—Por supuesto –coincidió él con un asentimiento tan exagerado que casi pareció una reverencia.

Traskenio y su grupo abrieron paso entre el gentío e iniciaron la marcha.

—¿Me ha llamado esclavo? —susurró Tofilio acercándose a Segomedes con

los ojos entrecerrados y el semblante apretado.

Abrió los brazos y los dejó caer en un sonoro choque contra sus caderas. Nada da más pereza que incidir en lo obvio.

—¿Ves que yo lleve algo encima? ¿Quién va cargado con mi panoplia, Tofilio?

Éste cerró los ojos, midiendo sus palabras con calma. Suspiró.

—Es parte del trato, es parte del trato – repitió para sí mismo, un cántico que continuó durante el trayecto.

En la escalinata del palacio, Segomedes paró un instante para continuar la instrucción del muchacho y ahorrarse futuros malentendidos.

—Nos harán esperar. Todos lo hacen. Cuanto más quieren aparentar, más te hacen esperar. Puede que no nos ofrezcan agua ni comida durante horas. Es normal, así que paciencia.

—Entiendo.

—Sea tu rey o no, es un rey. Nos arrodillaremos brevemente por puro protocolo, pero rechazaremos la oferta de permanecer en palacio. Nos ofrecerá esclavas. Las rechazaremos también, no importa lo bellas que sean. Son espías, siempre son espías.

—Dudo mucho que ninguna mujer de por aquí sea de mi agrado –replicó Tofilio con una sonrisa lasciva.

—Hablo en serio.

—Yo también.

—Y una cosa más –añadió girándose para comprobar si los soldados continuaban hasta la puerta de entrada—, no blasfemes.

—No prometo nada.

Segomedes formó un puño.

—¿Sabes qué? No hables. Una vez crucemos esa puerta, no hables.

Se les ofreció dejar sus pertenencias en una sala suntuosamente decorada con tapices y murales en los que se representaban motivos náuticos y marineros luchando contra criaturas marinas. Minutos después, y al

contrario de lo que el tebano había vaticinado, Triskenio retornó para indicarles que el wánax les esperaba. El espartano contuvo la risa y abrió la boca para, inequívocamente, incidir en la ironía con alguna ocurrencia.

—Ni una. —Segomedes mostró la palma de la mano a su compañero y siguió a Triskenio—. Palabra.

Con los años, Segomedes había comprobado que a todo gobernante le gustaba mostrar su poderío en forma de riquezas a los visitantes, colocando estratégicamente sus más preciosas posesiones en la sala de audiencias. El de Cnosos no era una excepción.

—¡Ante vosotros, el wánax Iphitos el constructor, hijo de Iphitos el destructor, gobernador de la próspera isla de Creta!

—Bienvenido, tebano —dijo desde su trono pasada la protocolaria reverencia del dúo.

Segomedes tomó la palabra con tono alto, decidido. De no ser por la calidad de sus palabras, habría rozado la pedantería.

—Gracias por recibarnos con tanta presteza, majestad —inició con un movimiento de cabeza, colocando su mano derecha sobre el diafragma—. Mi intención es ayudarle a resolver su problema en cuestión y que su tierra y reinado recuperen la normalidad.

Elevando los brazos al cielo, el wánax despegó el cuerpo del trono de un salto, y su túnica, larga hasta el tapiz del suelo, decorada con bordados de oro, bailó con los destellos rojizos gracias a la luz que, tímidamente, conseguía entrar por los ventanales de la pared izquierda.

—¡Grandilocuencia! ¿Pero qué es ésto? ¡Pido un guerrero de Esparta y llega un filósofo!

Segomedes hizo lo posible por mantener le rostro inexpresivo, pues no sabía si se trataba de un halago o un insulto. A ambos lados, la guardia parecía mostrar la misma reacción. Señalando a su interlocutor, el monarca continuó con voz severa.

—Tebano, necesito a un hombre con experiencia cazando monstruos. ¿Son ciertas las historias de que mataste un cíclope o no?

Tofilio giró el cuello lentamente hacia el lado, tan ansioso de escuchar la respuesta como el monarca. Segomedes permaneció impassible durante varios segundos. Si lo hizo para calcular sus palabras o como mera pausa

dramática, era difícil de discernir.

—No del todo —respondió, a lo que Iphitos, un hombre de pasados cincuenta años, piel blanquecina y barba oscura, quedó petrificado, aunque no interrumpió—. Luché contra un cíclope, pero lo hice junto a un grupo de valientes espartanos.

Señaló a su compañero Tofilio, quien, ante el gesto, hinchó el pecho de orgullo.

—Y conseguí darle el golpe de gracia. Cualquiera que piense que puede matar una criatura como un cíclope sin ayuda es un necio.

El wánax se mesó la barba, masticando las palabras del tebano volviendo a su trono.

—Entiendo. Si dices verdad, eres un hombre modesto. Y cualificado.

—Hizo una pausa—. Sea. Segomedes el tebano, éste es mi dilema: mi reina, Iodamias, salió de paseo por la montaña junto a su escolta personal, compuesta por diez de mis mejores hombres, como tantas veces ha hecho, pues le gusta el Sol y el ejercicio... al contrario que a mí. Bien. Fueron atacados por un vil cíclope, muchos de ellos ya no están entre nosotros, y mi esposa, fue llevada en brazos como una vulgar prostituta.

Segomedes frunció el ceño.

—¿Y cómo sabe esto?

Triskenio dio un paso adelante, y los visitantes giraron sus cabezas hacia él. En el rostro del capitán había cierta expresión amarga.

—Yo estaba allí —explicó—. Al igual que Deneo. Fuimos los únicos que sobrevivimos, además de la reina. Vimos cómo la abominación se la llevaba hacia el paso montañoso. Le seguimos, pues no nos atrevíamos a volver sin ella, y encontramos su guarida en una cueva en el otro lado de la montaña, al oeste. Sabemos que la reina está viva, porque escuchamos sus gritos desde el exterior. Desde entonces, hemos enviado grupos de rescate, pero... sin éxito. Hemos fallado una y otra vez.

Segomedes no pareció empatizar con la pérdida o vergüenza del soldado.

—Necesito saber si iba armado, qué tamaño tenía exactamente, si quedó herido y una descripción completa de cómo es el lugar donde se esconde.

Triskenio quedó congelado.

—¡Triskenio! ¡Responde! —ordenó su superior, a lo que él espabiló con un salto en el sitio.

—Ehm... debía... debía ser como tres hombres como yo, tal vez un poco menos y... no llevaba armas, pero sí conseguimos herirle en las piernas. Nada profundo, me temo.

Segomedes fulminó con la mirada al capitán, y éste continuó.

—¡Ah, sí! El paso es estrecho, y continúa tras la entrada a la cueva. Al otro lado hay un precipicio, por lo que es altamente peligroso. El túnel tampoco es amplio, podemos usarlo en nuestra ventaja.

Cruzándose de brazos, el tebano meditó en silencio, quedando el resto de presentes a la espera de su conclusión, que llegó pasado un minuto.

—Muy bien. Si no tuviéramos el tiempo está en nuestra contra, podríamos trazar una estrategia segura. He de pensar, debemos actuar lo antes posible. Necesitaremos al menos quince soldados, no más de treinta, pues no servirían de nada —se dirigió al capitán de la guardia—, mañana en la primera luz, nos reuniremos y perfilaremos los detalles. Os enseñaré a moveros, qué ataques esperar de un cíclope, y sus puntos débiles.

Triskenio asintió con inusitada energía, clavándose en el sitio como si estuviera ante un general. Ciertamente, las rápidas respuestas del tebano, junto a su porte y tono seguro de sí mismo, inspiraba confianza y fortaleza.

—Todavía no hemos acordado la recompensa.

Segomedes negó con la cabeza.

—Guárdese el oro para cuando haya terminado el trabajo. El dinero no sirve al hombre muerto.

Tal y como habían planeado, Segomedes y Tofilio abandonaron el palacio, a pesar de la insistencia del wánax y las hermosas esclavas que habrían conseguido convencer a cualquier otro invitado. La luz desaparecía, tiñendo el firmamento de un azul marino profundo, imitando a la masa de agua que rodeaba la isla.

—Aquellas esclavas llevaban en joyas más oro del que yo nunca he tenido
—comentó el espartano.

—Y del que nunca tendrás.

Apretando los morros, Tofilio paró en seco. Cargado como iba, un tronar de objetos de bronce tintineante llenó el silencio.

—¿Y éso?

Segomedes señaló un edificio que destacaba por su tamaño y numerosas ventanas iluminadas.

—Porque puede que sea nuestra última noche en el mundo de los vivos.
¡Vamos a gastarnos hasta la última moneda en vino y mujeres!

Tofilio elevó los puños a las estrellas.

—¡Las mujeres de aquí no son de mi agrado!

—¡Peor para ti!

Glosario:

Wánax: nombre que se le daba a la figura de rey, en los estados de Pilos y Cnosos, de la civilización micénica.

Capítulo lento a mi parecer, pero las introducciones eran necesarias.
Gracias por leer, no olvides suscribirte, dar el like (es gratis) o dejar un comentario.

Nos vemos en el próximo capítulo.

Is Machin!

Capítulo 3

(El contrato)

SEGOMEDES Y LA REINA DE CNOSOS

UN ÉPICO VIAJE POR LA GRECIA MITOLÓGICA

SEGOMEDES

TOFILIO
THE
SPARTAN



Gracias por leer, no olvides suscribirte, dar el like (es gratis) o dejar un comentario.

Nos vemos en el próximo capítulo, en una semana o así.

Is Machin!

Capítulo 4

Los pesqueros ya habían recibido el nuevo día, pero más allá del puerto, en la zona alta de la ciudad de Cnosos, y a excepción de algún esclavo preparando las tareas del día y el ocasional ruido del ganado, las calles todavía estaban tan desiertas como silenciosas. Pocos fueron los testigos de cómo un selecto grupo de soldados avanzó por las calles hasta una de las entradas orientales.

—Son los mercenarios de los que te he hablado —indicó Triskenio, señalando a cinco tracios que esperaban junto a la pareja de guardias de la puerta.

Al contrario que los griegos, estos extranjeros presentaban diversas armas y armaduras. Uno iba meramente en túnica y dos espadas, mientras que otro llevaba coraza y espada larga, y dos de ellos portaban arcos, que nunca venían mal.

El capitán había explicado brevemente su desesperación, rellenar las bajas que la guardia había sufrido era cada vez más complicado, y tenía que servirse de extranjeros que aceptaban cualquier tipo de trabajo por tres óbolos. Que era exactamente lo que llevaban haciendo en los últimos intentos de rescatar a la reina, sin éxito.

—Calidad ante cantidad —añadió, adelantándose para recibirles—, pero nunca viene mal tener unas manos de más.

Tras una veloz introducción, se unieron a la comitiva y los veinte hombres abandonaron la seguridad de las murallas para encaminarse hacia el paso montañoso que tantas víctimas se había llevado ya.

—¿Cuánto? ¿Cuánto? —preguntó uno de los tracios acercándose a Segomedes.

—Nada —respondió sin devolverle la mirada.

—¡Nada! —. Su exclamación alarmó al resto.

—Silencio, imbécil —, ordenó Traskenio.

Pero el tracio insistió. En susurros, preguntó de nuevo lo mismo.

—Ya te lo he dicho, nada. No lo hago por dinero. Maté un cíclope con un arma mágica que no era mía. Quiero matar a uno con mis propias fuerzas. Combate de uno. Honor. ¿Entiendes?

Algunas palabras se le escaparon, pero entendió el mensaje. Sin añadir nada más, el mercenario con cara grabada y armado con dos espadas curvas, aceleró el paso para reunirse con los suyos. En cuestión de segundos los susurros eran audibles.

—¡Juro que si no os calláis...!

Las palabras del capitán fueron interrumpidas por una roca del tamaño de una cabeza que le cayó a uno de los cretenses sobre los hombros, derribándole al instante.

—¿Nos atacan?

—¡El cíclope! —. La exclamación de Tofilio sonó más a expectación que a alarma.

Un centenar de proyectiles pedregosos les obligó a cubrirse con los escudos. Tofilio y Segomedes negaron con la cabeza, sabedores de que un cíclope no lanzaría una lluvia de piedras, sino un único meteorito que les aplastaría los huesos.

Los graznidos agudos que venían desde lo alto les dio una pista de que no era el adversario que esperaban.

—¿Sirenas?

Bajo el tremendo ruido de los impactos, Segomedes asomó la cabeza antes de responder.

—¡Peor! Sus primas feas: harpías.

Mitad mujer mitad ave rapaz, media docena de estas bestias atacaron con sus tremendas garras, arañando bronce y perforando carne.

No más piedras. Ahora caían como águilas, tratando de agarrar los escudos o llevarse a los soldados volando unos pocos metros, para dejarlos caer al precipicio que les esperaba a su izquierda.

Los soldados de Triskenio mostraron profesionalidad y experiencia, siguiendo las órdenes de su capitán formando una efectiva defensa de

escudos colocándose espaldas al muro.

—¡Lanzas listas!

El más grande de los tracios, empuñando una espada larga, atravesó a una de las atacantes cuando ésta bajaba en picado, y los dos rodaron por la tierra llevándose a varios causando un absoluto caos en la ordenada línea.

Segomedes pudo pegar la espalda a la pared para evitar tropezar, y Tofilio, en un alarde innecesario de agilidad, saltó por encima de la maraña de cuerpos que eran el tracio y la harpía.

Con una calculada exhalación, aterrizó, y con un segundo salto lanzó su arma cual jabalina, alcanzando a una segunda harpía justo en le pecho desnudo y semi cubierto de pelaje. Fue tal la fuerza empleada, que la lanza arrastró la criatura metros hacia atrás, clavándose la punta en el camino con el monstruo empalado.

—Sigo diciendo que las cretenses no son tipo – dijo para sí mismo al tocar suelo de nuevo antes de avanzar para recuperar su arma crujiéndose las vértebras del cuello.

Deneo y el resto todavía intentaban reincorporarse.

—¡Imbécil, quítate de encima!

—¡Mujer pájaro encima, imbécil tú!

—¡Levantaos, en formación, rápido, rápido!

Con un cántico de graznidos, las tres harpías restantes se despidieron, dejándose deslizar por las corrientes de aire, acantilado abajo. Aunque los arqueros intentaron acertarles, ya estaban fuera de alcance. Habían demostrado ser una presa demasiado peligrosa, pero tal vez demasiado tarde.

—¿Estamos todos bien?

Traskenio pasó revista, inspeccionando el grupo. Rascaduras y cortes. Un tracio muerto, y uno de sus hombres herido por una piedra, quien

descansaba sentado con la clavícula, o algo peor, rota.

—Melandro no puede continuar –informó Deneo, limpiándose el sudor de la frente.

—Entonces sigamos.

Segomedes no frenó, no hasta que vio a Tofilio masajeándose el tobillo.

—¿Todo bien?

—No. Creo que me he roto algo.

Formando dos puños, el tebano dio media vuelta y abrió la boca para elevar una maldición a los cielos, pero no pronunció sonido alguno. Segundos después, volvió a su compañero con la mano sobre su espalda.

—¿Estás seguro?

—He caído mal –confirmó el espartano secamente.

—Se lo comunicaré al capitán.

—¿Qué ocurre, Segomedes? Oh. Increíble.

Traskenio no ocultó su asombro al contemplar la esperpéntica imagen de la harpía atravesada de lado a lado, colgando por encima de sus cabezas, y pronto se hizo un corro alrededor. Los hombres congratularon al espartano, pero éste mostraba un gesto arrugado, incapaz de sentirse satisfecho por la proeza.

—No puedo creerme que vaya a perderme el mayor combate de mi vida por un tobillo roto – se castigaba él mismo.

—Descansa un poco con Melandro y volved a palacio.

Con esa despedida, Traskenio indicó al resto que reanudara la marcha.

Segomedes esperó a que el grupo les diera algo de intimidad para ofrecerle la mano.

—No tardes, las harpías podrían volver si os ven solos. Y recuerda nuestro trato.

—¿Piensas que voy a olvidarlo? Esa armadura es mía, tebano.

—Todavía no, chaval. Todavía no.

Estrecharon manos en un intercambio robusto, pero con miradas frías.

Segomedes partió sin el espartano.

—Siento lo de tu esclavo. Una lástima perderle antes del plato fuerte, se le ve muy capaz.

—No es mi esclavo –corrigió Segomedes al capitán en tono neutro, pues la confusión era lógica.

—¿Entonces es tu... alumno o algo así?

Continuó la marcha en silencio y mirada perdida.

—Un viaje de formación fuera de las murallas... alguien... proveniente de una buena familia. ¿Me acerco a la verdad, aunque sea un poco?

Segomedes sonrió, y miró directamente a los ojos de Triskenio por vez primera. Le parecieron cansados, pero sinceros. No debían llevarse muchos años de diferencia.

—Bastante, de hecho.

La respuesta satisfizo al cretense lo suficiente como para impulsarle a lanzar una pregunta más, esta vez, en modo de susurro.

—Usaremos a esos cretinos extranjeros de carnaza. Terminaremos el trabajo y mi rey te pagará una montaña de oro y plata. Pero el dinero se termina rápidamente. ¿Qué harás después? Escucha, no tengo hombres de confianza, me vendría bien alguien como tú. Entiendo que no te apasiona el oro. ¿Qué hace que te hierva la sangre, tebano? Dime.

La cuesta comenzaba a notarse en las piernas, demasiados días en el barco sin hacer ejercicio. Pero es que entrenar a bordo le daba mareos. Entonces recordó que todavía no había respondido.

—Ahm... Me gusta la violencia, Traskenio. Y me gustan las mujeres.

Con una risilla contenida, el capitán asintió varias veces.

—¿Tienes idea de cuántas mujeres tenemos en palacio? El harén del rey es tal, que a algunos de nosotros nos deja hacer uso de él. Puedes elegir una cada día del año sin repetir ni una vez. Y lo mejor de todo, sin gastarse un óbolo.

—Eso suena de mi agrado.

—Además de una paga sustancial: yo me he llenado los bolsillos gracias a este rey. ¿Qué tal suena un dracma y medio al día?

Segomedes frunció el ceño. No podía ser cierto. Aquello era mucho dinero para un soldado.

—Eso... suena de mi agrado, sí.

La sonrisa de Triskenio llenó todo su rostro.

Pero el capitán de la guarda nunca pudo llegar a gastar todo ese oro.

—Siempre hay una trampa.

Volvió la mirada hacia los restos de Triskenio, que emitían humos cuyo terrible olor era entre carne quemada y vísceras de animal en descomposición. Con todo, él había tenido suerte, pues su antebrazo izquierdo apenas tenía una pequeña quemadura... pero no estaba fuera de peligro.

De dar un paso atrás, daría la apariencia de que intentaba huir. De avanzar, caería al foso con Deneo y los demás, que esperaban una reacción del tebano. Segomedes no estaba convencido de entender la situación, así que esperó.

En un último empuje, la manivela giró lo suficiente para descender a metro y medio del suelo, sobre el cuerpo de la araña gigante todavía en llamas. Parte del fuego se extinguió, pero la columna de humo persistió, elevándose hasta la criatura que dormía en la celda metálica.

Deneo, de barbas rubias largas, extendió el brazo haciendo visible una llave, aunque quiso asegurarse antes de abrir.

—¿Estás con nosotros o no, tebano?

Calculó las posibilidades. Solo y superado en número, sin armas de alcance, escudo ni lanza, no estaba en la mejor de las posiciones para enfrentarse a los cuatro hombres. Una tos se escuchó desde la celda, y una masiva silueta comenzó a moverse. Segomedes se aventuró a verbalizar lo que le pareció obvio.

—¿Entonces? ¿La reina de Cnosos es... una cíclope? ¿Es una clase de maldición, de eso trata todo?

Las risas llenaron la sala y el eco se repitió a lo largo de los túneles.

—¡Tebano, ha, ha! ¿La reina, ésta cosa? —gritó Deneo con brazos en alto y sonrisa de oreja a oreja. —¡La reina de Cnosos murió hace un año!

El tebano fijó la vista en la cíclope que se sentaba, todavía desorientada, débil o ambas. Con paso despreocupado y tono conciliador, Deneo continuó.

—No quiero matarte, tebano. Luchas bien, y te quiero a mi lado, así que te daré... una explicación satisfactoria. Al fin y al cabo, no somos animales.

El trío de hoplitas rodeó la jaula, pues la cíclope despertaba.

—La reina Iodamias fue comida por un cíclope, pero el pueblo no lo sabe. Es mejor así. ¿Alguna vez has visto a una persona siendo comida viva? Los cíclopes lo hacen, y no hay nada que pueda detenerles. La furia del rey fue tal que iniciamos... una cacería de cíclopes.

Deneo miró atrás, intercambiando asentimientos orgullosos con sus hombres. Entonces, le mostró tres dedos a Segomedes.

—Hemos matado a tres, tebano. Tengo una de sus calaveras adornando mi cama.

El ritmo de su corazón se disparó, pues todo apuntaba a que la trama no terminaba ahí.

—¿Y por qué no habéis matado a ésta? Claramente está malnutrida, débil. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Con un escupitajo, Deneo mostró su desprecio a la criatura enjaulada.

—Es una esclava. El rey, en su campaña de venganza, ideó un plan

malévolo que se vio truncado cuando... alguien...

Sus ojos incriminaron al mercenario.

—...Decidió matar al cíclope que venía de camino a Cnosos, y ahora no podemos criar nuestro ejército de monstruos.

Segomedes tragó saliva.

—Pero era un plan absurdo, y todo debe llegar a su fin. Sin embargo, como decía Triskenio... "Las abominaciones llaman a las abominaciones". Gracias por ayudarnos a limpiar el camino, tebano, venir se estaba convirtiendo en un verdadero problema, por eso dejamos de venir. Somos cazadores de cíclopes, no... de arañas – terminó con una risa que contagió al resto.

—Lo cual explica su lamentable estado.

Deneo se encogió de hombros llave en mano y trepó ágilmente sobre las patas de la araña para alcanzar la puerta.

—Como digo, nos hiciste un favor y prefiero conservarte. Al contrario que a ella, a quien culparemos por la muerte de la reina y ejecutaremos públicamente para zanjar el tema. La pregunta es...

A punto de girar la llave en la cerradura, Deneo apretó los labios y fulminó con la mirada al tebano.

—¿... Vas a ayudarnos a llevar ésta cosa a la ciudad o tengo que matarte?

Glorasio:

Dracma y óbolo: monedas de la antigua Grecia. Con un dracma al día podía vivir cómodamente una familia adinerada, mientras que el óbolo era mucho menos valiosa. El óbolo también es conocido por ser la moneda que se colocaba en los ojos de los difuntos para pagar el viaje a Caronte.

Gracias por leer, no olvides suscribirte, dar el like (es gratis) o dejar un comentario.

Nos vemos en el próximo capítulo, en una semana o así. Tal vez menos.

Is Machin!

Gracias por leer, no olvides suscribirte, dar el like (es gratis) o dejar un comentario.

Nos vemos en el próximo capítulo, en una semana o así. Tal vez menos.

Is Machin!

Capítulo 5

Capítulo IV

(El contrato)

Había alargado su período de reflexión al límite. Deneo y los tres soldados no esperarían un segundo más su respuesta, y el paso del nuevo capitán hacia él, con el filo apuntándole, era muestra de que pronto cumplirían su amenaza.

A medida que las palabras tomaban forma en sus labios, Segomedes se dio cuenta de que estaba mintiendo.

—No temáis. Tengo un contrato que cumplir, y un pago que reclamar.

El rey Iphitas no le había especificado cuál era su misión, había quedado implícito.

Él no había aceptado oficialmente el trabajo, había quedado implícito.

Pero los pensamientos del tebano quedaron para su intimidad, y Deneo bajó la espada.

—Bien. Tú irás delante... como precaución. Abrid —ordenó señalando la celda—. Es hora de terminar con ésto.

Mostrando la precaución que tendría un domador de leones, uno de los soldados abrió la celda y con la lanza pinchó a la cíclope varias veces.

—¡Fuera, vamos!

La figura se colocó a cuatro patas, todavía despertando de un letárgico sueño o hibernación. Agitando ambas manos y un gruñido, dispersó el humo negruzco que emitía el pelaje chamuscado de la araña.

—¡Despierta!

Boca abierta y ceño fruncido, Segomedes observó cómo la criatura salía a gatas con las manos protegiéndose la cabeza ante otro posible pinchazo. Torpemente hizo pie en la cueva, chafando el charco de sangre que se

formaba. Se irguió, y Segomedes pudo contemplarla.

Debía hacer cuatro metros de alto y llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta mugrienta. Iba vestida con dos harapos que más bien parecían túnicas atadas entre sí, dejando ver sus músculos definidos. Claramente había perdido mucho peso durante su cautiverio, pues apenas podía mantenerse en pie sin tambalearse de un lado a otro.

–¿Es seguro?

–Lleva dos semanas sin comer, ¿tú qué crees? No podría coger ni una sandalia del suelo.

Deneo alzó los brazos y, con un golpe seco, atizó a la cíclope con el filo de la espada.

–¡Fuera, muévete!

Al igual que con la araña, Segomedes no quería estar demasiado cerca, así que tomó distancias cuando ésta giró para dirigirse a la salida. De una zancada salió del foso, y, vigilada desde atrás, avanzó arrastrando los pies con la cabeza gacha, seguida por el tebano, quien se apresuraba a ir por delante. Cada tres o cuatro pasos, giraba para asegurarse de que no estuviera a alcance de un manotazo o peor, una patada en el trasero que le mandara al acantilado.

Deneo señaló el túnel con un gesto de mentón y el grupo les siguió, lanzas listas para rematar a la cíclope si era necesario.

El lenguaje corporal de Segomedes daba la impresión de estar tranquilo, pero sus pupilas viajaban de un lado a otro a tremenda velocidad, denotando la ansiedad del que no tiene en absoluto el control de la situación.

De aún contar con el apoyo de Tofilio sería diferente. Pero no maldijo su suerte, todavía tenía opciones: habían cometido un gravísimo error y su objetivo era exprimirlo al máximo. Se apresuró hasta el exterior, animando a la cíclope a que le siguiera.

-¡Despejaré la entrada, no vaya a ser que las harpías nos hayan seguido!

¡Y tú, muévete, ven!

En un sprint dejó el túnel atrás, y se colocó al lado izquierdo, pegado a la roca, donde Deneo y el resto no le verían.

-Quédate ahí. Ahí. Para. ¿Entiendes? -trató de explicar a la cíclope, intentando que ella quedara a unos pasos de la salida, suficiente para bloquear a Deneo, pero con espacio para dejarles salir.

La accidental cómplice le miró confusa. Se encogió de hombros, gesto extrañamente humano que le hizo sonreír.

Había venido con la idea de probarse en un duelo, de demostrarse a sí mismo que podía repetir la proeza anterior sin la ventaja de armas mágicas o intervenciones divinas. Examinó el estado lamentable de la cíclope. Una granja de esclavos. Ejecución incriminatoria. Eran escoria.

Estrujó la empuñadura de la espada entre su mano.

Estaba a punto de cometer una locura. Ella, por el motivo que fuera, ignoró al tebano y permaneció con el ojo fijo en el cuarteto de soldados, algo vital, pues no le delató.

-¿Qué haces parada? Venga, mu...

Cuando la primera punta de lanza se asomó, tiró de la madera hacia abajo y cuando el soldado tropezó, bajó el filo cercenándole los brazos a la altura de los codos.

-¡Tebano! -el gutural grito de Deneo, manchado de rabia y sorpresa reverberó en el túnel.

La cíclope observó pasmada cómo el hombre caía al suelo en un alarido de dolor, mientras el agresor recogía la lanza y cambiaba de lado por detrás de la cíclope. Esperó agazapado, espada y lanza listas para repartir muerte.

-¡Matadlo, matadlo!

Era predecible que Deneo no interviniera aún. El dúo de hoplitas emergió, uno apuntando a la cíclope, y el otro hacia el lado cercano a Segomedes. Escudo en alto, se llevó una estocada en el muslo, pero sin caer.

-¡No te muevas, monstruo! -dijo el otro, sin saber si desviar la atención de

la cíclope o ayudar a su compañero.

El oponente de Segomedes bloqueaba bien, intercambiaron varios golpes, calculando distancias y con cierto respeto, pues todo podía terminar con un movimiento certero. Sin escudo, el tebano debía sobrepasar el alcance de la lanza si quería vencer.

-¡Mis brazos, mis brazos, ayuda!

-¡Termina con él!

-¡Es lo que intento!

Y aquí llegó el golpe predecible, el empuje telegrafiado que tanto esperaba: el linotórax con los símbolos de Zeus paró un golpe en el pecho que Segomedes apenas sintió. De un tajo descendente partió la lanza contraria, lanzando fragmentos de madera por los aires. Los ojos del cretense se abrieron, consciente de su error.

Ahora él tenía la ventaja. Atacó una y otra vez con la lanza, presionando y avanzando, sin permitirle que cogiera la espada, a riesgo de recibir un pinchazo letal. Deneo, desde la seguridad del túnel, sonó impaciente.

-¡Altros, qué haces! ¡Mátalo ya!

-¿Por qué no...? ¡Ah!

Nunca debió distraerse. La lanza perforó su cuádriceps, esta vez clavándose medio palmo en la carne. Segomedes empuñó la espada con ambas manos y cerró distancias para rematarlo, pero su compañero decidió que la cíclope no era una amenaza, al contrario que el tebano, lanzándole un cuchillo a la cara, que su yelmo absorbió.

Uno se sacó la lanza de la pierna y ambos se colocaron hombro a hombro, no iban a luchar individualmente. ¿Por qué iban a hacerlo?

Segomedes inspiró y escupió al suelo, cogiendo una bocanada de aire para pronunciar sus palabras. Quería que le escucharan alto y claro.

-Sois escoria y mearé sobre vuestros cuerpos mutilados.

Con sendos gruñidos, ambos embistieron al tebano, que se defendió de estocadas de lanza y ocasionales mandobles.

-¡Rodéalo, por atrás, ve por detrás! -ordenó a su compañero, quien empezaba a notar cierto mareo por la pérdida de sangre.

-Estás muerto -susurró Segomedes señalando el reguero rojo que dejaba a su paso.

-Entonces nos veremos en el Estigio.

Segomedes no tenía intención alguna de abandonar el mundo de los vivos todavía. Ingeniosamente, corrió hacia las piernas de la cíclope para evitar ser flanqueado, y su estratagema surgió efecto: uno de los golpes de espada alcanzó a la prisionera, quien, despertando de su letargo, reaccionó cual bebé asustado y de un puntapié envió al hombre al suelo.

-¡Ah, furcia! -gimió, agarrándose el pecho y la herida de la pierna.

-¡Gaah! -el gruñido de la cíclope heló a los presentes, aquello daba la vuelta a la situación.

Respiró hondo y recogió el escudo del suelo. Ahora se sentía mejor. Dio un golpe en el bronce con su filo. El soldado restante parpadeó varias veces, y sus pasos le llevaron más y más cerca del túnel, pasando por el lado del soldado sin brazos, llorando por su vida.

-Nunca debiste traicionarme, tebano.

Desde el túnel, el silbido de una flecha precedió el impacto que atravesó brazo derecho de Segomedes. Unos centímetros más la izquierda y su armadura habría desviado el proyectil. Antes de poder reaccionar, una espada se estrelló contra su cabeza, sacando el casco del sitio y haciéndole caer de rodillas.

La cíclope intentó apartar al soldado herido en la pierna, pero éste demostró una tenacidad insólita. Con un paso lateral evitó el manotazo y contraatacó con un elegante tajo en el antebrazo.

-¡Yo soy Altros de Cnosos, cazador de cíclopes! ¡Y voy a comerme tu ojo para cenar, ramera!

-¡Gaah!

Una segunda flecha acertó a Segomedes, frenada por su armadura, por suerte.

-¡Tebano! -gritó con visceral odio Deneo una vez más, preparando otra

flecha desde la oscuridad del túnel.

Segomedes elevó el escudo mientras se erguía, justo a tiempo para bloquear otro proyectil. Con toda la presteza que pudo se apartó de la boca de la cueva, ya había hecho suficiente de diana.

-¡Vas a morir, tebano! ¿Me oyes? ¡Te crucificaré en la escalinata del palacio y dejaré que te coman los cuervos!

Deneo apareció a la carrera, escudo y lanza listas, embistiendo a Segomedes con rabia repetidas veces, aprovechando la longitud que la espada del mercenario no tenía.

Las intenciones del cretense eran obvias: sin el casco, Segomedes era vulnerable, y los ataques eran dirigidos ahí, por lo que él debía mantener el escudo bien alto, siempre retrocediendo. Esto le reducía la visión, y sin una lanza...

-¡Hah! -rio.

Era de esperar, tantos golpes altos siempre predecían uno bajo, que Segomedes recibió justo por encima de la rodilla. Sus esfuerzos por romper la lanza de Deneo no surtían efecto, pues el brazo dominante aún tenía una flecha clavada: o bien llegaba tarde o sus golpes carecían de la fuerza necesaria.

-¡Te talaré como a un árbol!

Era la voz de Altros, quien había conseguido un punto a su favor más por el gruñido de dolor de la cíclope, que caía de rodillas.

Otro envite alcanzó la cara del tebano, haciéndole un corte que seguía la línea de sus labios por la mejilla, hasta la oreja. La espalda de Segomedes chocó contra la roca, augurando un final.

-Estáis muertos -dijo Deneo, saboreando cada palabra.

Una piedrecita cayó sobre el penacho azul de Deneo, pero él no prestó atención.

-¡Agh!

El combate entre la cíclope y Altros había terminado. Tanto Segomedes como Deneo contemplaron a la cíclope pasmada: una lanza había atravesado de lado a lado al cretense, matándolo al instante. Un puñado

de piedras cayeron sobre los hombros del tebano.

-Siempre hay una trampa -sentenció Segomedes.

El destello rojizo, cayendo cual meteoro desde cinco metros arriba se abalanzó con los pies por delante, estrellándose contra la cabeza de Deneo violentamente. Ambos rodaron por el suelo en una nube de polvo, pero Tofilio se recuperó en un segundo, espada y escudo todavía en mano, mientras que a Deneo solo le quedaba la lanza y había perdido su casco. Mareado, intentó colocarse frente al nuevo oponente mientras Segomedes recobrara el aliento.

Respiración calculada, golpes enérgicos y contundentes, combinaciones inmisericordes y expresión ausente: Tofilio no le dio un momento de descanso. Deneo no tuvo más remedio que dejar caer el arma y defenderse con los brazales, retrocediendo hacia el borde del acantilado.

Pasó la punta de la lanza de una zancada y atacando con el filo una, dos, tres veces, arriba, abajo, buscando el cuello y las axilas.

-¡Malditos...!

Tofilio continuó acortando distancias, y cuando el codo de Deneo comenzaba a elevarse para empuñar la espada, éste recibió un golpe de escudo en la cara que le rompió la nariz. Cayó de culo a un paso de conocer su fin en una caída de cientos de metros. Antes de poder reincorporarse, su cuello estaba atravesado por el hierro.

-Te...teba...

En lo que fue el último instante su vida, Deneo observó la mirada inexpresiva del espartano. Un segundos después, retiró la espada y la cabeza del cretense cayó a la tierra, con los brazos extendidos hacia el precipicio.

-¿Quién habla en un combate a muerte? Inepto.

-¿Por qué has tardado tanto?

La capa del espartano siguió el movimiento cuando éste se giró hacia Segomedes.

-¿Disculpa? ¿No habíamos venido a -señaló a la cíclope- ya sabes?

-Cambio de planes.

El último con vida trataba de escapar, dejando un hilillo de sangre. Tofilio

escuchó la versión resumida mientras lo remataba.

-Vaya.

Contempló la cíclope que ahora estaba sentada examinándose las heridas, sobretodo una del pie. Ambos se acercaron.

-¿Hola? -inició Segomedes, con las manos en alto.

Ella resopló. Aun sentada, la diferencia de tamaño era sobrecogedora.

-Pie dolor -dijo.

-¡Habla griego! -exclamó Tofilio con satisfacción.

-Barriga dolor -añadió ella.

Entre los dos, usaron la capa azul de Deneo como venda y proteger la herida que había abierto el talón de la mujer. Tofilio se movía lentamente, sin apartar los ojos de ella. Después, quedó quieto observando sus pies.

-Quiero -susurraba- embadurnar esos pies en aceite, abrazarlos y...

-¡Tofilio!

El espartano dio un salto.

-¿Me estás escuchando, chico?

-Es... es hermosa.

Segomedes dio una palmada en sus morros y corrió a buscar entre los cadáveres algo valioso. La cíclope les ignoró y poco a poco se puso en pie.

-¡Tofilio! Deja de pensar con el glande y céntrate.

-Me centro -afirmó cogiendo una bolsa de dinero al vuelo.

-Hemos de salir de Cnosos. Tenemos la ventaja de que nadie sabe qué ha pasado. Aún.

Segomedes paró un momento para escupir sangre. La herida de la cara iba a ser un incordio. Era por la tarde, tendrían tres o cuatro horas de luz.

-Pero el tiempo está en nuestra contra -reanudó-, y no puedo correr. Vuelve a la ciudad sin que te vean y consigue una barca para escapar. Nos reuniremos al caer la noche en la bahía.

-¿Qué bahía?

-La bahía que está justo en el lado opuesto de la montaña. Nosotros seguiremos por aquí.

Asintió y se quitó la capa, dejando el casco también en el suelo, para continuar a toda prisa con la coraza y las grebas. Segomedes usó la capa a modo de bolsa y lo cargó todo a sus espaldas.

-Cuida de mis cosas, Segomedes. Llevas mi vida encima.

-Porto lino y bronce. Tu vida la cargas tú, espartano.

Tofilio dejó salir un resoplo acompañado de una sonrisa, apreciando la verdad en sus palabras. Continuó desvistiéndose, lanzando la túnica y quedando desnudo.

-¡Pero qué haces!

-Voy de incógnito y tengo que correr hasta la ciudad, así voy más rápido -respondió en tono neutro.

La cíclope señaló el trasero bronceado del espartano con una risilla, gesto que él devolvió gratamente con una reverencia.

-Por el escroto de Ares, ¿cómo vas a pasar desapercibido desnudo? ¡Mírate! ¡Nadie en Cnosos tiene un cuerpo como el tuyo!

Y era verdad, el espartano había pasado toda su vida entrenando y bien podía servir como guía anatómica para una clase de medicina.

-Cierto, cierto... pero tú eres más grande, Segomedes. Mira qué hombros tan anchos...

-Cierto, cierto... pero tú estás más definido.

Ambos cerraron distancias, y Segomedes se mesó la barba, pensativo.

-Mira cómo se te dibuja todo el delto... ¡ah! ¡No hay tiempo para trivialidades! ¡Ve, ve!

-Voy, voy.

-¡Y ponte la túnica antes!

-Voy -dijo con una risa dirigida a la cíclope, con las manos en la cadera disfrutando de la escena.

El espartano, con energía suficiente para correr sin descanso de Sol a Sol, marchó.

Era hora de escapar de Cnosos.

Había alargado su período de reflexión al límite. Deneo y los tres soldados no esperarían un segundo más su respuesta, y el paso del nuevo capitán hacia él, con el filo apuntándole, era muestra de que pronto cumplirían su amenaza.

A medida que las palabras tomaban forma en sus labios, Segomedes se dio cuenta de que estaba mintiendo.

—No temáis. Tengo un contrato que cumplir, y un pago que reclamar.

El rey Iphitas no le había especificado cuál era su misión, había quedado implícito.

Él no había aceptado oficialmente el trabajo, había quedado implícito.

Pero los pensamientos del tebano quedaron para su intimidad, y Deneo bajó la espada.

—Bien. Tú irás delante... como precaución. Abrid -ordenó señalando la celda—. Es hora de terminar con ésto.

Mostrando la precaución que tendría un domador de leones, uno de los

soldados abrió la celda y con la lanza pinchó a la cíclope varias veces.

—¡Fuera, vamos!

La figura se colocó a cuatro patas, todavía despertando de un letárgico sueño o hibernación. Agitando ambas manos y un gruñido, dispersó el humo negruzco que emitía el pelaje chamuscado de la araña.

—¡Despierta!

Boca abierta y ceño fruncido, Segomedes observó cómo la criatura salía a gatas con las manos protegiéndose la cabeza ante otro posible pinchazo. Torpemente hizo pie en la cueva, chafando el charco de sangre que se formaba. Se irguió, y Segomedes pudo contemplarla.

Debía hacer cuatro metros de alto y llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta mugrienta. Iba vestida con dos harapos que más bien parecían túnicas atadas entre sí, dejando ver sus músculos definidos. Claramente había perdido mucho peso durante su cautiverio, pues apenas podía mantenerse en pie sin tambalearse de un lado a otro.

—¿Es seguro?

—Lleva dos semanas sin comer, ¿tú qué crees? No podría coger ni una sandalia del suelo.

Deneo alzó los brazos y, con un golpe seco, atizó a la cíclope con el filo de la espada.

—¡Fuera, muévete!

Al igual que con la araña, Segomedes no quería estar demasiado cerca, así que tomó distancias cuando ésta giró para dirigirse a la salida. De una zancada salió del foso, y, vigilada desde atrás, avanzó arrastrando los pies con la cabeza gacha, seguida por el teban, quien se apresuraba a ir por delante. Cada tres o cuatro pasos, giraba para asegurarse de que no estuviera a alcance de un manotazo o peor, una patada en el trasero que le mandara al acantilado.

Deneo señaló el túnel con un gesto de mentón y el grupo les siguió, lanzas listas para rematar a la cíclope si era necesario.

El lenguaje corporal de Segomedes daba la impresión de estar tranquilo, pero sus pupilas viajaban de un lado a otro a tremenda velocidad, denotando la ansiedad del que no tiene en absoluto el control de la situación.

De aún contar con el apoyo de Tofilio sería diferente. Pero no maldijo su suerte, todavía tenía opciones: habían cometido un gravísimo error y su objetivo era exprimirlo al máximo. Se apresuró hasta el exterior, animando a la cíclope a que le siguiera.

-¡Despejaré la entrada, no vaya a ser que las harpías nos hayan seguido! ¡Y tú, muévete, ven!

En un sprint dejó el túnel atrás, y se colocó al lado izquierdo, pegado a la roca, donde Deneo y el resto no le verían.

-Quédate ahí. Ahí. Para. ¿Entiendes? -trató de explicar a la cíclope, intentando que ella quedara a unos pasos de la salida, suficiente para bloquear a Deneo, pero con espacio para dejarles salir.

La accidental cómplice le miró confusa. Se encogió de hombros, gesto extrañamente humano que le hizo sonreír.

Había venido con la idea de probarse en un duelo, de demostrarse a sí mismo que podía repetir la proeza anterior sin la ventaja de armas mágicas o intervenciones divinas. Examinó el estado lamentable de la cíclope. Una granja de esclavos. Ejecución incriminatoria. Eran escoria.

Estrujó la empuñadura de la espada entre su mano.

Estaba a punto de cometer una locura. Ella, por el motivo que fuera, ignoró al tebano y permaneció con el ojo fijo en el cuarteto de soldados, algo vital, pues no le delató.

-¿Qué haces parada? Venga, mu...

Cuando la primera punta de lanza se asomó, tiró de la madera hacia abajo y cuando el soldado tropezó, bajó el filo cercenándole los brazos a la altura de los codos.

-¡Tebano! -el gutural grito de Deneo, manchado de rabia y sorpresa reverberó en el túnel.

La cíclope observó pasmada cómo el hombre caía al suelo en un alarido de dolor, mientras el agresor recogía la lanza y cambiaba de lado por detrás de la cíclope. Esperó agazapado, espada y lanza listas para repartir muerte.

-¡Matadlo, matadlo!

Era predecible que Deneo no interviniera aún. El dúo de hoplitas emergió, uno apuntando a la cíclope, y el otro hacia el lado cercano a Segomedes. Escudo en alto, se llevó una estocada en el muslo, pero sin caer.

-¡No te muevas, monstruo! -dijo el otro, sin saber si desviar la atención de la cíclope o ayudar a su compañero.

El oponente de Segomedes bloqueaba bien, intercambiaron varios golpes, calculando distancias y con cierto respeto, pues todo podía terminar con un movimiento certero. Sin escudo, el tebano debía sobrepasar el alcance de la lanza si quería vencer.

-¡Mis brazos, mis brazos, ayuda!

-¡Termina con él!

-¡Es lo que intento!

Y aquí llegó el golpe predecible, el empuje telegrafiado que tanto esperaba: el linotórax con los símbolos de Zeus paró un golpe en el pecho que Segomedes apenas sintió. De un tajo descendente partió la lanza contraria, lanzando fragmentos de madera por los aires. Los ojos del cretense se abrieron, consciente de su error.

Ahora él tenía la ventaja. Atacó una y otra vez con la lanza, presionando y avanzando, sin permitirle que cogiera la espada, a riesgo de recibir un pinchazo letal. Deneo, desde la seguridad del túnel, sonó impaciente.

-¡Altros, qué haces! ¡Mátalo ya!

-¿Por qué no...? ¡Ah!

Nunca debió distraerse. La lanza perforó su cuádriceps, esta vez clavándose medio palmo en la carne. Segomedes empuñó la espada con ambas manos y cerró distancias para rematarlo, pero su compañero decidió que la cíclope no era una amenaza, al contrario que el tebano, lanzándole un cuchillo a la cara, que su yelmo absorbió.

Uno se sacó la lanza de la pierna y ambos se colocaron hombro a hombro,

no iban a luchar individualmente. ¿Por qué iban a hacerlo?

Segomedes inspiró y escupió al suelo, cogiendo una bocanada de aire para pronunciar sus palabras. Quería que le escucharan alto y claro.

-Sois escoria y mearé sobre vuestros cuerpos mutilados.

Con sendos gruñidos, ambos embistieron al tebano, que se defendió de estocadas de lanza y ocasionales mandobles.

-¡Rodéalo, por atrás, ve por detrás! -ordenó a su compañero, quien empezaba a notar cierto mareo por la pérdida de sangre.

-Estás muerto -susurró Segomedes señalando el reguero rojo que dejaba a su paso.

-Entonces nos veremos en el Estigio.

Segomedes no tenía intención alguna de abandonar el mundo de los vivos todavía. Ingeniosamente, corrió hacia las piernas de la cíclope para evitar ser flanqueado, y su estratagema surgió efecto: uno de los golpes de espada alcanzó a la prisionera, quien, despertando de su letargo, reaccionó cual bebé asustado y de un puntapié envió al hombre al suelo.

-¡Ah, furcia! -gimió, agarrándose el pecho y la herida de la pierna.

-¡Gaah! -el gruñido de la cíclope heló a los presentes, aquello daba la vuelta a la situación.

Respiró hondo y recogió el escudo del suelo. Ahora se sentía mejor. Dio un golpe en el bronce con su filo. El soldado restante parpadeó varias veces, y sus pasos le llevaron más y más cerca del túnel, pasando por el lado del soldado sin brazos, llorando por su vida.

-Nunca debiste traicionarme, tebano.

Desde el túnel, el silbido de una flecha precedió el impacto que atravesó brazo derecho de Segomedes. Unos centímetros más a la izquierda y su armadura habría desviado el proyectil. Antes de poder reaccionar, una espada se estrelló contra su cabeza, sacando el casco del sitio y haciéndole caer de rodillas.

La cíclope intentó apartar al soldado herido en la pierna, pero éste demostró una tenacidad insólita. Con un paso lateral evitó el manotazo y

contraatacó con un elegante tajo en el antebrazo.

-¡Yo soy Altros de Cnosos, cazador de cíclopes! ¡Y voy a comerme tu ojo para cenar, ramera!

-¡Gaah!

Una segunda flecha acertó a Segomedes, frenada por su armadura, por suerte.

-¡Tebano! -gritó con visceral odio Deneo una vez más, preparando otra flecha desde la oscuridad del túnel.

Segomedes elevó el escudo mientras se erguía, justo a tiempo para bloquear otro proyectil. Con toda la presteza que pudo se apartó de la boca de la cueva, ya había hecho suficiente de diana.

-¡Vas a morir, tebano! ¿Me oyes? ¡Te crucificaré en la escalinata del palacio y dejaré que te coman los cuervos!

Deneo apareció a la carrera, escudo y lanza listas, embistiendo a Segomedes con rabia repetidas veces, aprovechando la longitud que la espada del mercenario no tenía.

Las intenciones del cretense eran obvias: sin el casco, Segomedes era vulnerable, y los ataques eran dirigidos ahí, por lo que él debía mantener el escudo bien alto, siempre retrocediendo. Esto le reducía la visión, y sin una lanza...

-¡Hah! -rio.

Era de esperar, tantos golpes altos siempre predecían uno bajo, que Segomedes recibió justo por encima de la rodilla. Sus esfuerzos por romper la lanza de Deneo no surtían efecto, pues el brazo dominante aún tenía una flecha clavada: o bien llegaba tarde o sus golpes carecían de la fuerza necesaria.

-¡Te talaré como a un árbol!

Era la voz de Altros, quien había conseguido un punto a su favor más por el gruñido de dolor de la cíclope, que caía de rodillas.

Otro envite alcanzó la cara del tebano, haciéndole un corte que seguía la línea de sus labios por la mejilla, hasta la oreja. La espalda de Segomedes

chocó contra la roca, augurando un final.

-Estáis muertos -dijo Deneo, saboreando cada palabra.

Una piedrecita cayó sobre el penacho azul de Deneo, pero él no prestó atención.

-iAgh!

El combate entre la cíclope y Altros había terminado. Tanto Segomedes como Deneo contemplaron a la cíclope pasmada: una lanza había atravesado de lado a lado al cretense, matándolo al instante. Un puñado de piedras cayeron sobre los hombros del tebano.

-Siempre hay una trampa -sentenció Segomedes.

El destello rojizo, cayendo cual meteoro desde cinco metros arriba se abalanzó con los pies por delante, estrellándose contra la cabeza de Deneo violentamente. Ambos rodaron por el suelo en una nube de polvo, pero Tofilio se recuperó en un segundo, espada y escudo todavía en mano, mientras que a Deneo solo le quedaba la lanza y había perdido su casco. Mareado, intentó colocarse frente al nuevo oponente mientras Segomedes recobrara el aliento.

Respiración calculada, golpes enérgicos y contundentes, combinaciones inmisericordes y expresión ausente: Tofilio no le dio un momento de descanso. Deneo no tuvo más remedio que dejar caer el arma y defenderse con los brazares, retrocediendo hacia el borde del acantilado.

Pasó la punta de la lanza de una zancada y atacando con el filo una, dos, tres veces, arriba, abajo, buscando el cuello y las axilas.

-iMalditos...!

Tofilio continuó acortando distancias, y cuando el codo de Deneo comenzaba a elevarse para empuñar la espada, éste recibió un golpe de escudo en la cara que le rompió la nariz. Cayó de culo a un paso de conocer su fin en una caída de cientos de metros. Antes de poder reincorporarse, su cuello estaba atravesado por el hierro.

-Te...teba...

En lo que fue el último instante su vida, Deneo observó la mirada inexpresiva del espartano. Un segundos después, retiró la espada y la cabeza del cretense cayó a la tierra, con los brazos extendidos hacia el precipicio.

-¿Quién habla en un combate a muerte? Inepto.

-¿Por qué has tardado tanto?

La capa del espartano siguió el movimiento cuando éste se giró hacia Segomedes.

-¿Disculpa? ¿No habíamos venido a -señaló a la cíclope- ya sabes?

-Cambio de planes.

El último con vida trataba de escapar, dejando un hilillo de sangre. Tofilio escuchó la versión resumida mientras lo remataba.

-Vaya.

Ccontempló la cíclope que ahora estaba sentada examinándose las heridas, sobretodo una del pie. Ambos se acercaron.

-¿Hola? -inició Segomedes, con las manos en alto.

Ella resopló. Aun sentada, la diferencia de tamaño era sobrecogedora.

-Pie dolor -dijo.

-¡Habla griego! -exclamó Tofilio con satisfacción.

-Barriga dolor -añadió ella.

Entre los dos, usaron la capa azul de Deneo como venda y proteger la herida que había abierto el talón de la mujer. Tofilio se movía lentamente, sin apartar los ojos de ella. Después, quedó quieto observando sus pies.

-Quiero -susurraba- embadurnar esos pies en aceite, abrazarlos y...

-iTofilio!

El espartano dio un salto.

-¿Me estás escuchando, chico?

-Es... es hermosa.

Segomedes dio una palmada en sus morros y corrió a buscar entre los cadáveres algo valioso. La cíclope les ignoró y poco a poco se puso en pie.

-iTofilio! Deja de pensar con el glande y céntrate.

-Me centro -afirmó cogiendo una bolsa de dinero al vuelo.

-Hemos de salir de Cnosos. Tenemos la ventaja de que nadie sabe qué ha pasado. Aún.

Segomedes paró un momento para escupir sangre. La herida de la cara iba a ser un incordio. Era por la tarde, tendrían tres o cuatro horas de luz.

-Pero el tiempo está en nuestra contra -reanudó-, y no puedo correr. Vuelve a la ciudad sin que te vean y consigue una barca para escapar. Nos reuniremos al caer la noche en la bahía.

-¿Qué bahía?

-La bahía que está justo en el lado opuesto de la montaña. Nosotros seguiremos por aquí.

Asintió y se quitó la capa, dejando el casco también en el suelo, para continuar a toda prisa con la coraza y las grebas. Segomedes usó la capa a modo de bolsa y lo cargó todo a sus espaldas.

-Cuida de mis cosas, Segomedes. Llevas mi vida encima.

-Porto lino y bronce. Tu vida la cargas tú, espartano.

Tofilio dejó salir un resoplo acompañado de una sonrisa, apreciando la verdad en sus palabras. Continuó desvistiéndose, lanzando la túnica y quedando desnudo.

-iPero qué haces!

-Voy de incógnito y tengo que correr hasta la ciudad, así voy más rápido -respondió en tono neutro.

La cíclope señaló el trasero bronceado del espartano con una risilla, gesto que él devolvió gratamente con una reverencia.

-Por el escroto de Ares, ¿cómo vas a pasar desapercibido desnudo? ¡Mírate! ¡Nadie en Cnosos tiene un cuerpo como el tuyo!

Y era verdad, el espartano había pasado toda su vida entrenando y bien podía servir como guía anatómica para una clase de medicina.

-Cierto, cierto... pero tú eres más grande, Segomedes. Mira qué hombros tan anchos...

-Cierto, cierto... pero tú estás más definido.

Ambos cerraron distancias, y Segomedes se mesó la barba, pensativo.

-Mira cómo se te dibuja todo el delto... ¡ah! ¡No hay tiempo para trivialidades! ¡Ve, ve!

-Voy, voy.

-¡Y ponte la túnica antes!

-Voy -dijo con una risa dirigida a la cíclope, con las manos en la cadera disfrutando de la escena.

El espartano, con energía suficiente para correr sin descanso de Sol a Sol, marchó.

Era hora de escapar de Cnosos.

Había alargado su período de reflexión al límite. Deneo y los tres soldados no esperarían un segundo más su respuesta, y el paso del nuevo capitán hacia él, con el filo apuntándole, era muestra de que pronto cumplirían su amenaza.

A medida que las palabras tomaban forma en sus labios, Segomedes se dio cuenta de que estaba mintiendo.

—No temáis. Tengo un contrato que cumplir, y un pago que reclamar.

El rey Iphitas no le había especificado cuál era su misión, había quedado implícito.

Él no había aceptado oficialmente el trabajo, había quedado implícito.

Pero los pensamientos del tebano quedaron para su intimidad, y Deneo bajó la espada.

—Bien. Tú irás delante... como precaución. Abrid —ordenó señalando la

celda—. Es hora de terminar con ésto.

Mostrando la precaución que tendría un domador de leones, uno de los soldados abrió la celda y con la lanza pinchó a la cíclope varias veces.

—¡Fuera, vamos!

La figura se colocó a cuatro patas, todavía despertando de un letárgico sueño o hibernación. Agitando ambas manos y un gruñido, dispersó el humo negruzco que emitía el pelaje chamuscado de la araña.

—¡Despierta!

Boca abierta y ceño fruncido, Segomedes observó cómo la criatura salía a gatas con las manos protegiéndose la cabeza ante otro posible pinchazo. Torpemente hizo pie en la cueva, chafando el charco de sangre que se formaba. Se irguió, y Segomedes pudo contemplarla.

Debía hacer cuatro metros de alto y llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta mugrienta. Iba vestida con dos harapos que más bien parecían túnicas atadas entre sí, dejando ver sus músculos definidos. Claramente había perdido mucho peso durante su cautiverio, pues apenas podía mantenerse en pie sin tambalearse de un lado a otro.

—¿Es seguro?

—Lleva dos semanas sin comer, ¿tú qué crees? No podría coger ni una sandalia del suelo.

Deneo alzó los brazos y, con un golpe seco, atizó a la cíclope con el filo de la espada.

—¡Fuera, muévete!

Al igual que con la araña, Segomedes no quería estar demasiado cerca, así que tomó distancias cuando ésta giró para dirigirse a la salida. De una zancada salió del foso, y, vigilada desde atrás, avanzó arrastrando los pies con la cabeza gacha, seguida por el tebano, quien se apresuraba a ir por delante. Cada tres o cuatro pasos, giraba para asegurarse de que no estuviera a alcance de un manotazo o peor, una patada en el trasero que

le mandara al acantilado.

Deneo señaló el túnel con un gesto de mentón y el grupo les siguió, lanzas listas para rematar a la cíclope si era necesario.

El lenguaje corporal de Segomedes daba la impresión de estar tranquilo, pero sus pupilas viajaban de un lado a otro a tremenda velocidad, denotando la ansiedad del que no tiene en absoluto el control de la situación.

De aún contar con el apoyo de Tofilio sería diferente. Pero no maldijo su suerte, todavía tenía opciones: habían cometido un gravísimo error y su objetivo era exprimirlo al máximo. Se apresuró hasta el exterior, animando a la cíclope a que le siguiera.

-¡Despejaré la entrada, no vaya a ser que las harpías nos hayan seguido! ¡Y tú, muévete, ven!

En un sprint dejó el túnel atrás, y se colocó al lado izquierdo, pegado a la roca, donde Deneo y el resto no le verían.

-Quédate ahí. Ahí. Para. ¿Entiendes? -trató de explicar a la cíclope, intentando que ella quedara a unos pasos de la salida, suficiente para bloquear a Deneo, pero con espacio para dejarles salir.

La accidental cómplice le miró confusa. Se encogió de hombros, gesto extrañamente humano que le hizo sonreír.

Había venido con la idea de probarse en un duelo, de demostrarse a sí mismo que podía repetir la proeza anterior sin la ventaja de armas mágicas o intervenciones divinas. Examinó el estado lamentable de la cíclope. Una granja de esclavos. Ejecución incriminatoria. Eran escoria.

Estrujó la empuñadura de la espada entre su mano.

Estaba a punto de cometer una locura. Ella, por el motivo que fuera, ignoró al tebano y permaneció con el ojo fijo en el cuarteto de soldados, algo vital, pues no le delató.

-¿Qué haces parada? Venga, mu...

Cuando la primera punta de lanza se asomó, tiró de la madera hacia abajo y cuando el soldado tropezó, bajó el filo cercenándole los brazos a la

altura de los codos.

-iTebano! -el gutural grito de Deneo, manchado de rabia y sorpresa reverberó en el túnel.

La cíclope observó pasmada cómo el hombre caía al suelo en un alarido de dolor, mientras el agresor recogía la lanza y cambiaba de lado por detrás de la cíclope. Esperó agazapado, espada y lanza listas para repartir muerte.

-iMatadlo, matadlo!

Era predecible que Deneo no interviniera aún. El dúo de hoplitas emergió, uno apuntando a la cíclope, y el otro hacia el lado cercano a Segomedes. Escudo en alto, se llevó una estocada en el muslo, pero sin caer.

-iNo te muevas, monstruo! -dijo el otro, sin saber si desviar la atención de la cíclope o ayudar a su compañero.

El oponente de Segomedes bloqueaba bien, intercambiaron varios golpes, calculando distancias y con cierto respeto, pues todo podía terminar con un movimiento certero. Sin escudo, el tebano debía sobrepasar el alcance de la lanza si quería vencer.

-iMis brazos, mis brazos, ayuda!

-iTermina con él!

-iEs lo que intento!

Y aquí llegó el golpe predecible, el empuje telegrafiado que tanto esperaba: el linotórax con los símbolos de Zeus paró un golpe en el pecho que Segomedes apenas sintió. De un tajo descendente partió la lanza contraria, lanzando fragmentos de madera por los aires. Los ojos del cretense se abrieron, consciente de su error.

Ahora él tenía la ventaja. Atacó una y otra vez con la lanza, presionando y avanzando, sin permitirle que cogiera la espada, a riesgo de recibir un pinchazo letal. Deneo, desde la seguridad del túnel, sonó impaciente.

-iAltros, qué haces! ¡Mátalo ya!

-¿Por qué no...? ¡Ah!

Nunca debió distraerse. La lanza perforó su cuádriceps, esta vez clavándose medio palmo en la carne. Segomedes empuñó la espada con ambas manos y cerró distancias para rematarlo, pero su compañero decidió que la cíclope no era una amenaza, al contrario que el tebano,

lanzándole un cuchillo a la cara, que su yelmo absorbió.

Uno se sacó la lanza de la pierna y ambos se colocaron hombro a hombro, no iban a luchar individualmente. ¿Por qué iban a hacerlo?

Segomedes inspiró y escupió al suelo, cogiendo una bocanada de aire para pronunciar sus palabras. Quería que le escucharan alto y claro.

-Sois escoria y mearé sobre vuestros cuerpos mutilados.

Con sendos gruñidos, ambos embistieron al tebano, que se defendió de estocadas de lanza y ocasionales mandobles.

-¡Rodéalo, por atrás, ve por detrás! -ordenó a su compañero, quien empezaba a notar cierto mareo por la pérdida de sangre.

-Estás muerto -susurró Segomedes señalando el reguero rojo que dejaba a su paso.

-Entonces nos veremos en el Estigio.

Segomedes no tenía intención alguna de abandonar el mundo de los vivos todavía. Ingeniosamente, corrió hacia las piernas de la cíclope para evitar ser flanqueado, y su estratagema surgió efecto: uno de los golpes de espada alcanzó a la prisionera, quien, despertando de su letargo, reaccionó cual bebé asustado y de un puntapié envió al hombre al suelo.

-¡Ah, furcia! -gimió, agarrándose el pecho y la herida de la pierna.

-¡Gaah! -el gruñido de la cíclope heló a los presentes, aquello daba la vuelta a la situación.

Respiró hondo y recogió el escudo del suelo. Ahora se sentía mejor. Dio un golpe en el bronce con su filo. El soldado restante parpadeó varias veces, y sus pasos le llevaron más y más cerca del túnel, pasando por el lado del soldado sin brazos, llorando por su vida.

-Nunca debiste traicionarme, tebano.

Desde el túnel, el silbido de una flecha precedió el impacto que atravesó brazo derecho de Segomedes. Unos centímetros más la izquierda y su armadura habría desviado el proyectil. Antes de poder reaccionar, una espada se estrelló contra su cabeza, sacando el casco del sitio y haciéndole caer de rodillas.

La cíclope intentó apartar al soldado herido en la pierna, pero éste demostró una tenacidad insólita. Con un paso lateral evitó el manotazo y contraatacó con un elegante tajo en el antebrazo.

-¡Yo soy Altros de Cnosos, cazador de cíclopes! ¡Y voy a comerme tu ojo para cenar, ramera!

-¡Gaah!

Una segunda flecha acertó a Segomedes, frenada por su armadura, por suerte.

-¡Tebano! -gritó con visceral odio Deneo una vez más, preparando otra flecha desde la oscuridad del túnel.

Segomedes elevó el escudo mientras se erguía, justo a tiempo para bloquear otro proyectil. Con toda la presteza que pudo se apartó de la boca de la cueva, ya había hecho suficiente de diana.

-¡Vas a morir, tebano! ¿Me oyes? ¡Te crucificaré en la escalinata del palacio y dejaré que te coman los cuervos!

Deneo apareció a la carrera, escudo y lanza listas, embistiendo a Segomedes con rabia repetidas veces, aprovechando la longitud que la espada del mercenario no tenía.

Las intenciones del cretense eran obvias: sin el casco, Segomedes era vulnerable, y los ataques eran dirigidos ahí, por lo que él debía mantener el escudo bien alto, siempre retrocediendo. Esto le reducía la visión, y sin una lanza...

-¡Hah! -rio.

Era de esperar, tantos golpes altos siempre predecían uno bajo, que Segomedes recibió justo por encima de la rodilla. Sus esfuerzos por romper la lanza de Deneo no surtían efecto, pues el brazo dominante aún tenía una flecha clavada: o bien llegaba tarde o sus golpes carecían de la fuerza necesaria.

-¡Te talaré como a un árbol!

Era la voz de Altros, quien había conseguido un punto a su favor más por

el gruñido de dolor de la cíclope, que caía de rodillas.

Otro envite alcanzó la cara del tebano, haciéndole un corte que seguía la línea de sus labios por la mejilla, hasta la oreja. La espalda de Segomedes chocó contra la roca, augurando un final.

-Estáis muertos -dijo Deneo, saboreando cada palabra.

Una piedrecita cayó sobre el penacho azul de Deneo, pero él no prestó atención.

-iAgh!

El combate entre la cíclope y Altros había terminado. Tanto Segomedes como Deneo contemplaron a la cíclope pasmada: una lanza había atravesado de lado a lado al cretense, matándolo al instante. Un puñado de piedras cayeron sobre los hombros del tebano.

-Siempre hay una trampa -sentenció Segomedes.

El destello rojizo, cayendo cual meteoro desde cinco metros arriba se abalanzó con los pies por delante, estrellándose contra la cabeza de Deneo violentamente. Ambos rodaron por el suelo en una nube de polvo, pero Tofilio se recuperó en un segundo, espada y escudo todavía en mano, mientras que a Deneo solo le quedaba la lanza y había perdido su casco. Mareado, intentó colocarse frente al nuevo oponente mientras Segomedes recobrara el aliento.

Respiración calculada, golpes enérgicos y contundentes, combinaciones inmisericordes y expresión ausente: Tofilio no le dio un momento de descanso. Deneo no tuvo más remedio que dejar caer el arma y defenderse con los brazales, retrocediendo hacia el borde del acantilado.

Pasó la punta de la lanza de una zancada y atacando con el filo una, dos, tres veces, arriba, abajo, buscando el cuello y las axilas.

-iMalditos...!

Tofilio continuó acortando distancias, y cuando el codo de Deneo comenzaba a elevarse para empuñar la espada, éste recibió un golpe de escudo en la cara que le rompió la nariz. Cayó de culo a un paso de conocer su fin en una caída de cientos de metros. Antes de poder reincorporarse, su cuello estaba atravesado por el hierro.

-Te...teba...

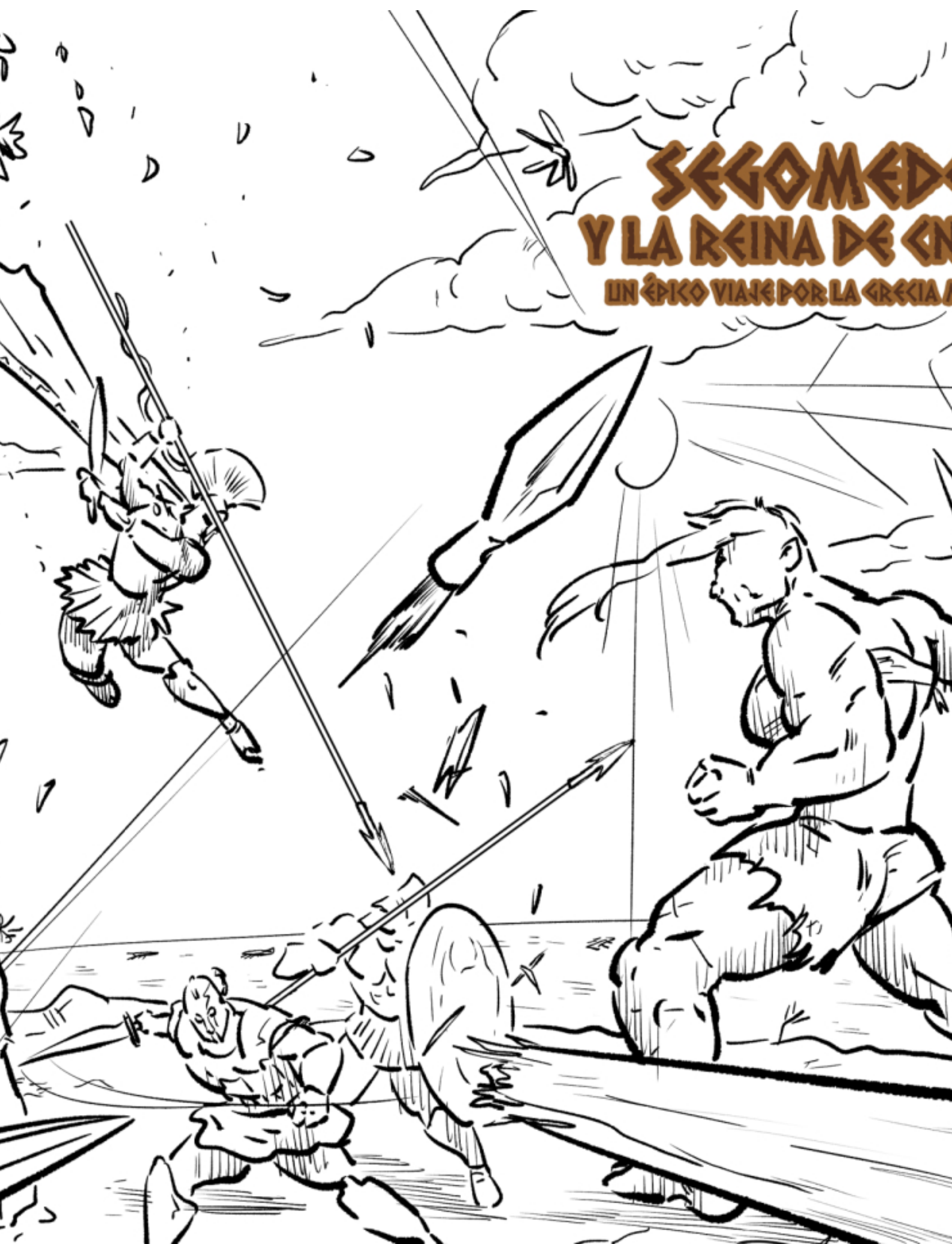
En lo que fue el último instante su vida, Deneo observó la mirada inexpresiva del espartano. Un segundos después, retiró la espada y la

cabeza del cretense cayó a la tierra, con los brazos extendidos hacia el precipicio.

-¿Quién habla en un combate a muerte? Inepto.

SEGOMED Y LA REINA DE CN

UN ÉPIKO VIAJE POR LA GRECIA



-¿Por qué has tardado tanto?

La capa del espartano siguió el movimiento cuando éste se giró hacia Segomedes.

-¿Disculpa? ¿No habíamos venido a -señaló a la cíclope- ya sabes?

-Cambio de planes.

El último con vida trataba de escapar, dejando un hilillo de sangre. Tofilio escuchó la versión resumida mientras lo remataba.

-Vaya.

Ccontempló la cíclope que ahora estaba sentada examinándose las heridas, sobretodo una del pie. Ambos se acercaron.

-¿Hola? -inició Segomedes, con las manos en alto.

Ella resopló. Aun sentada, la diferencia de tamaño era sobrecogedora.

-Pie dolor -dijo.

-¡Habla griego! -exclamó Tofilio con satisfacción.

-Barriga dolor -añadió ella.

Entre los dos, usaron la capa azul de Deneo como venda y proteger la herida que había abierto el talón de la mujer. Tofilio se movía lentamente, sin apartar los ojos de ella. Después, quedó quieto observando sus pies.

-Quiero -susurraba- embadurnar esos pies en aceite, abrazarlos y...

-iTofilio!

El espartano dio un salto.

-¿Me estás escuchando, chico?

-Es... es hermosa.

Segomedes dio una palmada en sus morros y corrió a buscar entre los cadáveres algo valioso. La cíclope les ignoró y poco a poco se puso en pie.

-iTofilio! Deja de pensar con el glande y céntrate.

-Me centro -afirmó cogiendo una bolsa de dinero al vuelo.

-Hemos de salir de Cnosos. Tenemos la ventaja de que nadie sabe qué ha pasado. Aún.

Segomedes paró un momento para escupir sangre. La herida de la cara iba a ser un incordio. Era por la tarde, tendrían tres o cuatro horas de luz.

-Pero el tiempo está en nuestra contra -reanudó-, y no puedo correr. Vuelve a la ciudad sin que te vean y consigue una barca para escapar. Nos reuniremos al caer la noche en la bahía.

-¿Qué bahía?

-La bahía que está justo en el lado opuesto de la montaña. Nosotros seguiremos por aquí.

Asintió y se quitó la capa, dejando el casco también en el suelo, para continuar a toda prisa con la coraza y las grebas. Segomedes usó la capa a modo de bolsa y lo cargó todo a sus espaldas.

-Cuida de mis cosas, Segomedes. Llevas mi vida encima.

-Porto lino y bronce. Tu vida la cargas tú, espartano.

Tofilio dejó salir un resoplo acompañado de una sonrisa, apreciando la verdad en sus palabras. Continuó desvistiéndose, lanzando la túnica y quedando desnudo.

-iPero qué haces!

-Voy de incógnito y tengo que correr hasta la ciudad, así voy más rápido -respondió en tono neutro.

La cíclope señaló el trasero bronceado del espartano con una risilla, gesto que él devolvió gratamente con una reverencia.

-Por el escroto de Ares, ¿cómo vas a pasar desapercibido desnudo? ¡Mírate! ¡Nadie en Cnosos tiene un cuerpo como el tuyo!

Y era verdad, el espartano había pasado toda su vida entrenando y bien podía servir como guía anatómica para una clase de medicina.

-Cierto, cierto... pero tú eres más grande, Segomedes. Mira qué hombros tan anchos...

-Cierto, cierto... pero tú estás más definido.

Ambos cerraron distancias, y Segomedes se mesó la barba, pensativo.

-Mira cómo se te dibuja todo el delto... ¡ah! ¡No hay tiempo para trivialidades! ¡Ve, ve!

-Voy, voy.

-¡Y ponte la túnica antes!

-Voy -dijo con una risa dirigida a la cíclope, con las manos en la cadera disfrutando de la escena.

El espartano, con energía suficiente para correr sin descanso de Sol a Sol, marchó.

Era hora de escapar de Cnosos.

Gracias por leer, no olvides suscribirte, dar el like (es gratis) o dejar un comentario.

Nos vemos en el próximo capítulo, empezando un nuevo arco.

Is Machin!

Capítulo 6

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—
—
—
—
—
—
—
—
—
—
—
—
—
—

—

El grupo se aleja de Cnosos, ¿pero a dónde se dirigirán ahora?

Vuelve en el próximo capítulo para empezar "El oráculo enterrado".

¿Qué crees que puede mejorar? ¿Qué partes te gustan más? ¿Cuál es tu personaje favorito? Hazme llegar tus likes y opiniones.

Is Machin!

Capítulo 7

Capítulo VI

(El Oráculo enterrado)

Los remeros continuaron trabajando diligentemente durante casi media hora, llevando el peculiar grupo hacia el este.

Segomedes el tebano, Tofilio el espartano, Panea la cíclope, Ankor el capitán... ¿engañado? Dos esclavos y un médico que negaba con la cabeza, probablemente pensando en pedir otro aumento de salario por la expedición nocturna.

Hasta el momento, estaba siendo una travesía agradable. Apenas había viento, y siendo verano, la temperatura era agradable. Segomedes y Tofilio aprovecharon para respirar aire limpio sin los cascos. Es más, el espartano incluso optó por no ponerse la armadura todavía.

A su izquierda, se entreveía un muro de piedra que se elevaba metros y metros. La escarpada orografía era una trampa mortal para aquellos que no conociesen el terreno. Las ocasionales olas daban algún que otro susto, pero Ankor conocía el paisaje a la perfección, y sabía, aun de noche, qué camino seguir sin chocar con las rocas, manteniéndose tan cerca de la orilla como era posible.

—¿Dónde pensáis pasar la noche?

El capitán había formulado una buena pregunta.

—Pensaba ir a... espera. No podemos.

Segomedes se frotó los ojos con fuerza.

—Llevamos una cíclope, no podemos entrar en una ciudad en mitad de la noche y... —apuntó Tofilio, a lo que Segomedes asintió varias veces, no necesitaba escuchar más.

—Está bien —pensó el tebano en voz alta—, tenemos opciones. Podemos quedarnos en la orilla, buscar un resquicio oculto y esperar al amanecer.

—Yo digo que continuemos mientras tenemos la ventaja.

Pero la idea se le hizo absurda a Segomedes, y no pudo evitar una mueca.

—¿En mitad de la noche, sin saber a dónde vamos? Absurdo.

Tofilio abrió los brazos y dejó caer la mandíbula, atónito.

—¿¡Y cuál es el plan, Segomedes!?! Llevo todo el día esperándolo.

Hubo un silencio. Panea alternó entre ambos, sin entender de qué hablaban. Con el ceño fruncido y mordiéndose el labio superior, Segomedes observó a la mujer un incómodo largo rato.

Finalmente, se encogió de hombros y respondió con tono quebrado.

—No lo sé.

Tofilio dejó caer los brazos y se sentó junto a Panea a observar el mar. El oleaje le serviría para calmar sus ánimos.

El sonido de los remos contra el agua fue lo único que se oyó durante minutos. Fue el capitán Ankor quien intervino, además, con una sugerencia de lo más razonable.

—Atracaremos en Rhithymno. Estaremos seguros, no mandarán a nadie en mitad de la noche, pues los alrededores de Cnosos —señaló a tierra— está plagada de criaturas peligrosas. Esperarán al amanecer. Tengo amigos en toda Creta, sé de un lugar donde pasar la noche. Por la mañana, podréis decidir qué hacer y dónde ir.

Segomedes asintió, apretando los labios con convencimiento. Era el mejor plan que había oído en toda la semana. Tras un minuto de reflexión, aceptó la idea.

—Me gusta. Gracias por tu ayuda, capitán. No sé qué habríamos hecho de no contar contigo.

No respondió. Agradeció las palabras con una sonrisa.

—¿Qué dices, Tofilio, te parece que...? ¿Tofilio?

El espartano, sentado con un brazo fuera de la embarcación, tenía la mirada fija en el agua, pero como si careciera de vida. Y lo que era peor, tenía la mano derecha sumergida en el agua.

—iTofilio!

Cuando Segomedes se levantó causó gran alarma, y tanto Ankor como Panea se apuraron a ver qué le ocurría. Ankor hizo gala de su fuerza de marinero y levantó al soldado para zarandearlo violentamente.

—iEstá dormido! —dijo al ver que no reaccionaba.

—iAh, ah! —Panea señaló al agua, nerviosa.

Entre el ajetreo en la embarcación, Segomedes casi cayó al agua. Con cuidado, extendió el brazo con la lámpara hacia el exterior.

—Debe haber algo ahí abajo, pero no veo nada.

—No está dormido, está...

Tenía las pupilas en blanco, y su mano estaba envuelta en una masa de algas a modo de enredaderas. Murmuraba algo ininteligible, sonriendo como un idiota.

—Si... si... más...

Agarró su lanza.

—Coge de su brazo, voy a cortar...

—iSirenas! Segomedes, rápido o terminaremos todos como él, ihechizados!

Los esclavos, aterrados, dejaron de remar y comenzaron a rezar, a lo que Ankor enfureció.

—¿Es que queréis morir aq...?

Al dirigirse a ellos, lo que fuera que agarraba a Tofilio tiró de él y cayó en un sonoro chapuzón.

—iTofi! —gritó Panea.

Sin dejar margen a que nadie pudiera reaccionar, la cíclope había saltado al agua, haciendo que los cinco hombres casi cayeran, pues la

embarcación, tan pequeña como era, no tenía gran estabilidad en proporción al peso de la gigante.

Ankor se echó las manos a la cabeza.

—¡Ay, qué hemos hecho para que Poseidón nos castigue así! ¡Segomedes!

El tebano agarró su lanza y, buscando de lado a lado, maldijo entre dientes. Ni una silueta, ni una burbuja que le diera una pista de su localización.

—Nada. Preparaos para atacar a lo que sea que haya, aunque sea con los remos.

Los dos esclavos, hombres de unos treinta años, asintieron y obedecieron. Siendo los remos con ambas manos, se prepararon para lo peor: luchar por sus vidas.

—¡Tofilio, Tofilio! ¡Panea! —Ante la ausencia de respuesta, Ankor agarró al tebano de los hombros —. Segomedes. ¿No puedes hacer nada?

La barcaza siguió el movimiento del oleaje, pero a parte del ocasional chapoteo del agua contra la estructura de madera, era como si estuvieran en una burbuja vacía, pues no se oía ni veía nada. Segomedes negó en corrosivo silencio.

—No sé nadar —confesó al fin, sin perder de vista la masa de agua alternando flancos.

Ankor cayó de culo, desesperanzado, tartamudeando algo. Con paso sigiloso, Segomedes se colocó al frente del navío, concentrando sus sentidos, tratando de percibir algo, cualquier indicio.

—Pobre chica. Y pobre espartano, tan joven. Y tan valiente. Oh, dioses, que un guerrero así conozca un fin tan horrible e indigno.

—Silencio.

—¡Catástrofe! ¡Rápido, huyamos, volvamos a Cnosos!

Los dos esclavos no perdieron tiempo y se sentaron, listos para continuar, pero Segomedes, de espaldas a ellos, levantó la mano.

“Es una promesa, Segomedes.”

—No. Esperaremos —dijo con tono calmado pero firme.

—¡Pero qué dices! ¡Sea lo que sea que haya ahí abajo, querrá más!

—Panea sabe nadar.

Miró alrededor confundido.

—¿Y? Yo también sé nadar, y no signi...

En un movimiento seco, la punta de la lanza se colocó a meros centímetros de la nariz del capitán.

—Silencio.

Los ojos de Segomedes viajaban a toda velocidad, buscando el menor movimiento. Listo para lanzar su arma cual jabalina en cuanto viera el atacante. Al fin, una par de burbujas a su izquierda. Estrujó la madera entre sus palmas y esperó.

Segundos después, una silueta negra con forma de crustáceo emergió, agarrada por lo que era una mano demasiado grande para ser humana. Antes de que el grupo pudiera señalar o avisar, la lanza de Segomedes cortaba el viento: con sonido de concha resquebrajada, el proyectil dio en el blanco y el brazo que sostenía a la criatura subió a la superficie para revelar a una Panea victoriosa.

—¡Ah!

—¡Es la cíclope!

—¡Rápido, una cuerda!

Panea lanzó la criatura atacante, ya inmóvil, de vuelta al mar, dejando entrever que se trataba de algo similar a un calamar. Cuando los esclavos comenzaron a recoger la cuerda, vieron que llevaba algo entre el brazo que no se veía bajo el agua oscura, tal vez demasiado densa para ser natural.

—Tofi.

La mujer entregó el espartano, inconsciente, para que la tripulación lo subiera de nuevo a bordo. Creando un charco de agua, mascullaba algo entre dientes, y enseñaba una sonrisa de idiota de oreja a oreja.

—¿Respira? —preguntó Ankor.

—Está bien —confirmó el médico mientras el resto ayudaba a la exhausta Panea a subir.

—¿Qué ha pasado, qué era?

Pero por más que preguntara el capitán, la cíclope no habría podido responder de estar encontrar las palabras adecuadas, pues hasta ella tenía un límite aguantando la respiración y necesitaba descansar.

—Dejadle recuperar el aliento. Lo importante es que estamos todos bien —dijo Segomedes—. Será mejor que...

Tofilio volvió en sí en un violento espasmo, y tanto el médico como Ankor cayeron de culo sobre la madera.

—¡Nooo!

Nadie se atrevió a mover un dedo. Durante cinco segundos, el sonido del oleaje fue lo único que oyeron mientras intercambiaban miradas confusas.

—No —repitió, ya más calmado. Se frotó el pelo y los ojos, diciéndose la misma palabra una y otra vez—. No, no, no... yo... estaba... ¡Injusticia! Era perfecto, estaba en...

Cuando se sentó, su mente pareció despejarse un poco.

—Había cien manos acariciando mi piel. Cien susurros... y cien pechos masajeándome el cuerpo. Era perfecto, olían a jazmín y...

—Era una ilusión —corrigió Ankor, sentándose a su lado—, hijo, debes tener mucha energía guardada si una de esas cosas ha conseguido clavar su anzuelo en tu mente.

—Oh —se rascó la cabeza—, no sabes cuánta. ¿Qué era, cómo...?

—Panea ha sido quien te ha salvado —indicó Segomedes—, maldición, he

perdido otra lanza.

Entonces vio a Panea, empapada, respirando exageradamente, manteniendo la mirada en el agua.

—Tú. Tú me has salvado. ¡Tú!

—¡Ah! —Se asustó ella.

—¿Y qué hacías tú de mientras, Segomedes? Porque no te veo muy mojado.

El tebano pasó de largo, colocándose en proa, a espaldas al resto.

—Mirar.

—¡Vaya! —exclamó elevando los brazos, a lo que Panea se alarmó de nuevo.

Segomedes se giró lo justo para mirar al espartano.

—Y matar a la cosa que te estaba sorbiendo el cerebro. De nada.

—Ya, bueno, muchas gracias —dijo en tono sarcástico—. Era... como una medusa de algas, me tenía cogido y... ¿por qué no podemos encontrarnos con sirenas normales, de las hermosas con voz celestial y pechos brillantes?

Segomedes instó a los esclavos a que continuaran remando y permaneció alerta.

—Las feas salen de noche —apuntó Ankor—. Había escuchado historias, pero siempre pensé que eran exageraciones. Piénsalo. De día, las más bellas atraen a los marineros con su apariencia física o cantos. De noche, las más monstruosas te atrapan con su magia. No frecuento el mar en embarcaciones tan pequeñas, y dudo que repita la experiencia.

—De hecho, sí que tiene mucha lógica. Pero Ankor, ¿las sirenas diurnas... tienen... ya sabes, anatomía en la parte baja... de mujer, o de pez? Porque los peces no tienen genitales. ¿Cómo se reproducen en realidad? En mi sueño... bueno, en mi sueño estaban anatómicamente preparadas, no sé si me explico.

Tras parpadear varias veces, el experimentado marinero se lamió los labios y preparó su aclaración con tono sereno y orgulloso.

—Es un tema interesante, del que poseo profundos conocimientos.

Permíteme ponerte en contexto el origen de...

—Silencio —interrumpió Segomedes.

Una vez pasados varios minutos, Tofilio no pudo aguantar más y se acercó a Ankor para susurrarle al oído algo:

—Deberías haber sentido lo que yo, cien manos acariciándote...

El capitán dio unos saltitos en el asiento, acercándose al espartano con interés.

—Cuenta, cuenta.

—Ay, Hades.

—Ocho, nueve, diez...

Pero el médico no dijo nada, lo que significaba que Tofilio debía que seguir colocando monedas en las manos del poco contento anciano.

—Pensaba volver a Cnosos tras dejaros —comentó Ankor rascándose la calva al llegar a puerto—, pero pasaré la noche aquí. Conozco el dueño de una taberna, no hará preguntas.

Segomedes había pensado en dormir en el barco mismo con Panea, puesto que llevarla a un hospedaje daría demasiados problemas. Pero después de probar un aperitivo de qué aguardaba bajo la superficie de la marea nocturna, pasar la noche cerca del puerto ya no era una opción agradable.

—No me lo puedo creer. Dos, tres, cuatro... ¿Más? ¿No quieres cambiar de profesión? Eres mejor ladrón que médico. ¿Más? Siete, ocho...

Mientras arriaban la embarcación, Segomedes se adelantó en el muelle para asegurar el terreno. Rhithymno no era Cnosos, su puerto era diminuto en comparación, pero medio centenar de barcos de pesca pernoctaban allí, pegados unos a otros, dejando en evidencia la enorme actividad que habría durante el día.

Ankor, ya en tierra, se apresuró a dejar atrás el agua. Tras recolocarse la túnica sobre el hombro, se dirigió al grupo como el capitán que era.

—Seguidme. Vosotros —ordenó a los esclavos— dadme vuestras ropas.

Segomedes avanzó sobre la estructura de madera que conectaba con el suelo arenoso del puerto. Barriles, ánforas y redes descansaban por doquier, obligándolos a vigilar con detenimiento dónde ponían los pies. Nadie quería caer al agua.

La ciudad estaba a oscuras a excepción de un par de casas, no había ajetreo alguno, y por supuesto no había signos de patrullas nocturnas. El tebano asintió: era perfecto.

Panea dio media vuelta al darse cuenta de que faltaba alguien.

—iTofi!

El espartano, todavía en la barca, seguía contando.

—Cuatro, cinco... No me lo puedo creer. Seis, siete... Fenicio tenías que ser. Ocho, nueve...

Colocaron las túnicas de los esclavos sobre Panea a modo de manta. Aunque una figura de cuatro metros no era precisamente disimulada, era mejor dejar la verdad a la imaginación, que mostrar realmente un cíclope paseando por la calle.

—Vamos, deprisa. Por aquí —apuró Ankor, con sus esclavos en ropa interior a sendos lados.

Linterna en mano, abandonaron la amplia zona que servía de mercado, para adentrarse en las calles de Rhithymno, con casas de fachadas color arena de playa y raramente superando dos alturas. giraron a la izquierda en una intersección con Segomedes a la cabeza y Tofilio en la retaguardia.

—¡Que me caiga un rayo, Ankor el melenudo!

—¡Factolus el enano!

Ambos se dieron un fuerte abrazo en el umbral, mientras el grupo esperaba.

—Requiero de tu generosa hospitalidad —explicó con prisas.

El dueño del lugar abrió la puerta hasta que ésta no se lo permitió más y

dio un paso atrás.

—Rápido, entrad, vamos, vamos —instó gesticulando con la mano hacia sí mismo.

Factolus, un hombre de complexión raquítica y alto como dos escobas juntas, se aseguró de que ningún curioso hubiera sido testigo de la escena. Una vez Tofilio cruzó, cerró la puerta.

Con todos reunidos en el interior de la taberna, observó el inusual grupo. Claramente, la criatura cubierta de cabeza a cintura por túnicas, dejando ver unas piernas musculosas y pies... sospechosamente grandes, llamó su atención.

—¿Y éso es...?

Entonces, le vino el olor de Panea.

—Espera, no quiero saberlo —dijo tapándose la nariz.

—Gracias por ofrecernos tu casa —reverenció Segomedes educadamente—. Necesitamos un lugar seguro donde dormir hoy, además de provisiones. Armas, en caso de que tengas. Te pagaremos, por supuesto. Continuaremos nuestro viaje antes de que amanezca y no te daremos problemas.

El médico apretó los labios y torció la mirada hacia el espartano.

—Oh, no. Ni hablar. El hospedaje va por tu cuenta, viejo. Tienes dinero suficiente como para comprarte una pequeña isla. Si abres la boca, tú y yo vamos a tener un serio problema.

Tras superar la sorpresa de ver que se trataba de una cíclope, Factolus el enano acomodó a los inesperados invitados en dos habitaciones conjuntas. Mientras, Segomedes y Tofilio trataban de explicar a Panea que dormirían para continuar por la mañana cuando saliera el sol. Colocando un par de mantas, prepararon una cama cómoda y caliente en la cocina para ella.

—¿Tienes hambre?

Factolus se ganó el afecto de Panea rápidamente al ofrecerle frutos secos y fruta de la despensa, que ella devoró con ansia, a la vez que los atónitos

esclavos de Ankor servían vino.

Pero con el día tan intenso que habían experimentado, conciliar el sueño se preveía difícil. Ya más calmados y con las armaduras dejadas a un lado, se reunieron en la sala principal de la taberna, donde juntaron varias mesas para intercambiar historias disfrutando del vino del huésped. Al cabo de una hora, terminaron especulando sobre cuántos orificios tenían las sirenas.

—Yo una vez yací con una centauro —se aventuró a intervenir el médico, mostrando su dedo índice para atraer algo de atención, pues había permanecido en una esquina, bebiendo en silencio.

El grupo miró al viejo con cierto aire de incredulidad.

—Es cierto —aseguró, preparándose para relatar su aventura—, entonces era un chaval, pero lo recuerdo como si fuera ayer. Me perdí no muy lejos de aquí, en el bosque que lleva al lago. La luz me abandonaba, y no encontraba el camino de vuelta. Fui atacado por un lagarto gigante, y en mi ayuda acudió una hermosísima guerrera, armada con lanza y escudo. Tenía un pelaje brillante color caoba, y sus ojos turquesas destelleaban cuando mirabas fijamente. ¡Oh, divina belleza!

Aunque reticentes a creer las palabras del viejo, Segomedes, Tofilio y Ankor inclinaron sus cuerpos hacia delante para escuchar mejor. Fuera cierta o no la historia, la curiosidad había clavado su anzuelo en ellos.

—Pero —continuó con tono dramático—, cuando el lagarto huyó, vi que ella tenía una astilla del tamaño de un pulgar clavada en una de sus fibrosas patas. Como agradecimiento por quitársela, me otorgó unos minutos de su tiempo, en los que conversamos sin palabras y experimentamos una vida de romance, en una noche pasional bajo las estrellas. ¡Ay, qué daría por verla de nuevo! Pero a la mañana ella había desaparecido, y con ella, mis esperanzas de montarla de nuevo.

Este último apéndice les hizo reír y brindaron sonoramente mientras Panea, con la barriga llena, roncaba en la cocina. Con las carcajadas, la herida de la mejilla de Segomedes empezó a sangrar. El anciano, de nombre Astyoche, le cambió los vendajes, y el ambiente se calmó.

—Por más que busqué —contó el médico, con un tono más melancólico—, nunca la encontré.

—Bonita historia —intervino Tofilio, reclinado en su asiento.—, aunque más bien me huele a sueño.

Pero el anciano Astyoche negó con la cabeza firmemente, y se sacó un colgante del cuello.

—Yo también dudaría de mi propio relato... de no ser por esta piedra que apareció en su lugar a la mañana siguiente.

El collar de plata terminaba en un engaste esmeralda pentagonal, una bella pieza de joyería que debía valer una fortuna.

—Si ya sabía que te gustaba el dinero —murmuró Tofilio. Dio otro trago para olvidar el tema, y se dirigió a Segomedes —. ¿Y qué haremos ahora?

El tebano se puso en pie, copa en mano. Ya no podía posponerlo más, debía dar al chico una respuesta. Dio un trago, más para quitarse el sabor de la sangre de los labios que por placer, y se aclaró la garganta.

—Está bien: recapitulemos.

¿Qué crees que puede mejorar? ¿Qué partes te gustan más? ¿Cuál es tu personaje favorito? Hazme llegar tus likes y opiniones.

La semana que viene más.
Is Machin!

Capítulo 8

Capítulo VII

(El Oráculo enterrado)

Con las ideas más claras, el estómago lleno y el espíritu en calma, Segomedes pudo exponer su plan, aunque vocalizando no muy bien dado el profundo corte de la mejilla.

—Panea ha estado... ¿un año y medio, tal vez? Bajo el cautiverio de Iphitas, aunque sospecho que ella ya era esclava antes. Aun con todo, debería saber dónde vivía. Pero con el revuelo que hemos causado, si la dejamos marchar aquí, o bien los soldados del Iphitas la cazarán, o simplemente no sobrevivirá más que unos días por su cuenta. Debe haber un lugar donde haya más de los suyos, lejos de Cnosos.

—Es una lástima no poder comunicarnos con ella —añadió Tofilio, rascándose la rodilla.

Segomedes comenzó a pasear alrededor de la mesa donde solo quedaban platos vacíos. Andar le ayudaba a pensar.

—Cierto. Necesitamos un traductor. ¿Pero quién sería capaz de ayudarnos? ¿Un druida?

—En mi búsqueda de los centauros —intervino el médico Astyoche—, descubrí que un Oráculo es capaz de transcribir pensamientos, rompiendo la barrera lingüística que me separaba de mi amada desaparecida. Claro que nunca pude poner en práctica esta teoría, pero podría servirnos para comunicarnos con Panea.

El pulgar de Segomedes rascó la punta de su nariz con parsimonia.

—Podría funcionar.

—Pero no podemos ir a ningún Oráculo, los hombres de Iphitas nos buscarán por toda la isla —apuntó Tofilio.

Entonces, tanto el tebano como el espartano se miraron en silencio.

—Está bien —espetó con desidia encogiéndose de hombros—, ya sabía que no erais enviados del rey. Llevo toda la vida tratando con polizontes,

piratas y ladrones. ¿De veras pensabais engañarme? Sois pésimos mentirosos y peor actores. Sé que sois fugitivos, aunque viendo vuestra gigantesca compañera, y más importante, su estado, no me es difícil entender que la habéis rescatado de algún trágico destino.

—Entonces, ¿qué propones?

—Ya se ha dicho: un Oráculo que abra la mente de la muchacha, que entienda sus pensamientos más allá de las palabras y los idiomas.

—Vayamos donde vayamos nos delatarán. En cuestión de unos días Iphitas habrá dado aviso a toda la isla —se opuso Tofilio—, yo digo que intentemos hablar con ella, probemos con un mapa o dibujos, tal vez reconozca algún lugar. Antes o después conseguiremos entendernos.

—¿Dónde está el Oráculo más cercano, Factolus?

El tabernero negó con la cabeza. La respuesta, aunque obvia, debía ser pronunciada.

—Cnosos.

Segomedes cruzó los brazos y continuó su ronda alrededor de la sala, pensativo, presionando el pulgar sobre el labio inferior.

—No podemos volver a Cnosos, queda descartado. No perdemos nada por intentar preguntar a Panea. Descansaremos por hoy y mañana... mañana decidiremos.

—De hecho —el anciano levantó la mano e hizo una pausa mientras el grupo giraba su atención hacia él—hay otra opción.

Con un rey detrás de ellos, una cíclope esclava durmiendo en la cocina y sin posibilidad de entenderse con ella, había llegado el momento de sopesar cualquier posibilidad, por absurda que fuera. Reunidos la sala principal de la taberna, a medianoche, el grupo quedó en silencio por un momento.

—Soy todo oídos —dijo Segomedes al fin.

Astyoché miró alrededor. Tal vez había creado demasiadas expectativas, porque de repente se mostró dubitativo.

—¿Y bien?

—Nada, mejor no os hago perder el tiempo con mis habladurías.

Pero Factolus, viejo conocido de Ankor, estudió al médico con reticencia, mostrando una tez arrugada, algo que Segomedes no dejó pasar por alto.

—¿Sabes de qué está hablando?

—No creo que sea buena idea.

El dueño de la taberna imitó a Segomodes cruzándose de brazos. Con mirada fija en una de las ventanas, asintió varias veces.

—No quería decirlo, pero cuando contó la historia de la centauro... sospeché. Veréis. Es sabido que hay centauros por los alrededores, aunque raras veces se muestran. Los hay que dicen que hay motivo para este comportamiento... y es un asunto... turbio. ¿Me equivoco?

El tebano levantó una ceja y se acercó con paso lento. Dada su templanza y educación empleada, era fácil olvidar que Segomedes podía tornarse de lo más intimidatorio en lo que se tarda en parpadear. El médico se vio a un mero palmo del soldado, ancho como un toro y de pose marcial cual general. Bajando el cuerpo hacia él, dijo con voz gutural:

—Habla.

Éste entrelazó los dedos y bajó la cabeza. No debía tener más de sesenta años, pero dadas sus arrugas y delgaducho físico, aparentaba algo más. Incluso Factolus, alto como un espárrago, mostraba cierto músculo bajo la túnica, producto inequívoco de una día a día físicamente extenuante. Astyoche se decidió a reiniciar su proposición.

—Yo... era joven. Y no muy buen estudiante —relató—, así que intenté hacer trampas para impresionar a mi familia y ahorrarme gran esfuerzo.

Miró a Segomedes, Tofilio, Ankor y después a Factolus. En sus ojos y cejas apretadas se podía ver un diminuto sentimiento de arrepentimiento.

—Intenté, durante años, encontrar el Oráculo enterrado. Un santuario de los antiguos dioses que Zeus sepultó, como tantos otros, para que los humanos nunca rindiesen culto a los titanes. Aquí, en Creta, está el de Gaia. O eso dicen.

El ambiente se tornó tenso y las palabras del anciano resultaban susurros fríos arrastrados por figuras etéreas que flotaban en el aire. Hablar de los dioses que reinaron antes de la era de los olímpicos no era del agrado de nadie, pues bien podían despertar la furia de las divinidades que ahora

reinaban.

—Yo ansiaba los poderes que otorgaba Gaia, pues su habilidad para sanar estaba más allá del de cualquier olímpico, y así, convertirme en el mejor médico de Grecia sin requerir el talento que nunca tuve. Pasé años recorriendo cada rincón de la isla, pero nunca lo encontré. Encontré criaturas hostiles y amistosas, personas hostiles y amistosas, pero nunca el Oráculo.

—¿Y qué tiene que ver con nosotros? —interrumpió Tofilio encogiéndose de hombros antes de tomar un trago.

—La capacidad de sanar de la titán se explica con la teoría de que todos nosotros estamos conectados en un único río, por cuya corriente fluye toda energía y sabiduría. Entrando en ese río se podría entender a cualquier criatura, sin importar el lenguaje.

—Todo esto —insistió Tofilio, no muy convencido— suena demasiado complejo para algo tan sencillo: solo tenemos que capturar unos cuantos soldados del rey, preguntarles a dónde van a cazar los cíclopes, llevar a Panea y se acabó.

Segomedes continuaba repitiendo su ronda alrededor de la sala, esquivando sillas y mesas vacías, memorizando cada palabra, para estudiarla después.

—Tenemos tres opciones —dijo—. Una, intentar comunicarse con Panea y averiguar si recuerda de dónde viene. Dos, interrogar a algún soldado. Tres, encontrar y convencer a los centauros de que nos lleven hasta el Oráculo. Intentaremos las tres, en ese mismo orden. No perdemos nada en alcanzar la meta por la ruta más directa antes que la accidentada.

Factolio negó con la cabeza ante tal empresa. Definitivamente era más de lo que esperaba encontrarse cuando les abrió la puerta. El mercader se puso en pie.

—Yo, capitán Ankor el melenudo, ayudaré en todo lo que pueda en nuestra épica empresa.

—Espera, ¿nuestra? Creo que no entiendes que puedes poner en peligro tu modo de vida, capitán. ¿Acaso no te ganas la plata comerciando en Cnosos?

—Así es —respondió casi al instante a Segomedes, con cierto aire orgulloso—, por descontado que no puedo luchar, pero tengo conexiones por toda Grecia, y estoy seguro de poder conseguir valiosa información

respecto de dónde cazaban los cíclopes.

El capitán se puso en pie, con inesperado semblante serio, y continuó.

—Ya he arriesgado mi vida una vez, por lo que formo parte del grupo en tanto que ya he compartido el riesgo. Y ya que estoy involucrado en asuntos peligrosos para mis negocios y mi salud, haré lo que esté en mi mano para que ningún hombre, mujer, niño o anciano, diga jamás: “Ahí va Ankor, el rico mercader quien prefirió dar la espalda a los héroes Segomedes y Tofilio cuando emprendían honorable empresa contra el gran rey Iphitas, quedándose en la seguridad de sus comercios y aumentando su incalculable montaña de riquezas. Míralo, tan reluciente en joyas como cobarde es.” Mas si esto llega a ocurrir, que se me trague la tierra, pues mi vergüenza será infinita.

Dicho esto, volvió a su asiento sin mirar a nadie, ya que sus palabras eran honestas y la opinión de los demás le era indiferente. Lo que no vio fue cómo Factolus y el anciano asintieron, mostrando su apoyo. Los dos guerreros se quedaron pasmados.

“Llévame contigo. Quiero experimentarlo de primera mano. Enséñame.”

Aquella frase resonaba en la mente de Segomedes una y otra vez. Sonrió al encontrar el mensaje, que no las palabras de Ankor, tan parecido al del joven Tofilio. Sorprendido por tal determinación, Segomedes quedó sin palabras unos segundos.

—Entiendo. No esperaba que...

Tofilio resopló por la nariz a modo de burla, y tan torcido el gesto tenía, que distrajo al tebano de su frase y quedó interrumpido.

—¿Quieres decir algo, tal vez, Tofilio?

El espartano, de espaldas al grupo, con los ojos fijos en un punto indeterminado y brazos en jarras, bien parecía un niño a punto de explotar en una rabieta.

—No —dijo secamente.

—Vamos, habla.

Con un suspiro, se dio la vuelta.

—¿Por qué? —preguntó elevando los brazos y dejándolos caer de golpe sobre sus caderas.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué tanto esfuerzo? El rey Iphitas tenía una esclava cíclope. ¿Y qué? Ankor debe tener una docena al menos. Tú tenías esclavos, yo tengo esclavos en casa. Le hemos robado una posesión a un rey, y tú quieres escoltarle como si lleváramos una princesa de vuelta a su legítimo reino. No es el caso. Y ahora... Ankor lo llama una misión heroica. No. Seguiré tu liderazgo, pero no acepto negar la realidad.

Tofilio dio una palmada a la mesa con tez tensa.

—Somos los villanos.

Segomedes continuó paseando ante la atenta mirada de los presentes, expectantes de la respuesta, probablemente esperando el inicio de una acalorada discusión. Sin embargo, el tebano se mostró de lo más calmado y, cuando estuvo cerca del muchacho, habló.

—Tienes razón.

Tofilio, todavía con el brazo extendido sobre la mesa, se irguió con los ojos bien abiertos.

—Hemos robado una propiedad de un rey. Hemos asesinado a sus soldados. No puedo negar que somos criminales a ojos de la ley. Pero escúchame atentamente, porque mis motivaciones están más allá de la ley escrita de los hombres.

Segomedes dio varios pasos más, colocándose a espaldas del espartano.

—Los hijos de esclavos nacen esclavos. ¿Llevarías a un esclavo en tu falange?

—Jamás —respondió con desprecio—, se requieren años de duro entrenamiento para...

—Exacto. Hay un salto de calidad abismal, ¿no crees? ¿Recuerdas la leyenda de Minos?

—Por supuesto. ¿Quién no conoce el minotauro? ¿Pero qué tiene que ver con...?

—¿Y qué pasaría si Iphitas creara una unidad de cíclopes, tritones y quimeras en su ejército y decidiera... no sé... invadir Esparta?

El joven enmudeció, las imágenes que aterrizaron en su mente eran de gravísimo orden, dignas de un relato del fin del mundo. Ankor añadió esto:

—Indudablemente, mis intereses se verían contradichos si Iphitas, de repente, tuviera una horda de harpías que hicieran la vida imposible a mis navíos en el caso de no pagar duros impuestos. Imaginad una flota pirata de criaturas marinas. No, no, no el oro lo único que está en la balanza aquí, pero es un aspecto a tener en cuenta, ciertamente. Controlando la economía se pueden crear... e incluso tambalear imperios. Y si no, preguntemos a nuestro compañero fenicio aquí.

Los músculos de la cara de Tofilio de repente quedaron paralizados, como si hubiera dejado de respirar. Segomedes apareció en su lado izquierdo.

—Serviría como precedente, y todos los reyezuelos del mundo empezarían a crear ejércitos de criaturas para atacar sus vecinos siguiendo el esperténtico ejemplo de los reyes de Creta. Grifos, medusas, hidras, colosos. Iniciaría una era de destrucción nunca vista. No se trata de que me guste Panea o no. No se trata de venganza a la persona que se sienta en el trono del palacio de Cnosos. Las guerras del hombre libre son del hombre libre, espartano. Y que me caiga ahora mismo un rayo si permito que un necio amargado inicie eventos que están más allá de su estrecha comprensión.

Posó su mano sobre el hombro de Tofilio y le miró a los ojos.

—El cíclope que matamos no entró en el mercado a matar indiscriminadamente. Escapó antes de que lo llevaran aquí. Con Panea. Dijiste que querías venir conmigo para vivir una aventura que contar, fuera de Esparta. Si consideras que evitar que las ciudades griegas críen monstruos que usar contra sus semblantes no es una tarea suficientemente digna, lo entenderé y aceptaré tu despedida. Pero yo pienso llevar a Panea a su lugar de origen y avisar a su gente de que están en peligro. Si he de hacerlo, también les ayudaré a defenderse de Iphitas. Y si he de hacerlo, me enfrentaré a él.

Segomedes elevó las cejas y alargó los labios en una mueca de dolor para pronunciar las últimas palabras.

—Y lo voy a hacer con o sin ti.

Tofilio apretó las mandíbulas y cerró los puños.

—Pero preferiría tenerte a mi lado.

—He de pensarlo —dijo el joven tras una pausa.

Era la frase más lógica que Segomedes había oído del joven en mucho tiempo. Su compañero asintió dando un paso atrás. Tal vez era el momento perfecto para ir a dormir. Había sido un día largo, y...

—Ya está.

La casi inmediata respuesta hizo que el tebano saltara en su sitio. Los ojos almendrados del espartano irradiaban determinación y algo más. En sus labios, una sonrisa contenida daba a entrever qué era.

—Te pedí un viaje épico. —Ofreció su mano—. Y por los dioses que me lo has entregado en una bandeja de plata. Salvemos el mundo.

—¡Sí! —exclamó Ankor poniéndose en pie.

Dicho esto, agarró el antebrazo de Segomedes con la fuerza que habría hecho gemir a otro hombre más débil. Con su ceja izquierda encorvada a lo alto, Segomedes devolvió tanto el gesto como la mirada profunda con la misma determinación.

—Calma, chico. Con Grecia me basta.

Capítulo 9

Capítulo VIII (El Oráculo enterrado)

Faltaba menos de una hora para el amanecer, y el grupo ya estaba preparado. O casi.

—¿Lleváis agua? ¿Y el cuchillo para la carne? ¿Mantas? ¿Esparto de emergencia?

Factolio les hizo entrega de la última bolsa con pan, tortas y carne para el camino.

—Lo llevamos todo —confirmó Tofilio, ajustándose el macuto por encima del escudo.

Iban un tanto cargados, pero gran parte del peso iría desapareciendo por el camino, como las jabalinas y las provisiones. Aun así, habían tratado de equilibrar el equipaje esencial previniendo los contratiempos más habituales, como que las sandalias se rompieran.

—Te queda bien —dijo el dueño de la taberna a la mujer.

—Gacias.

Panea iba vestida con una túnica larga, que, para ella, era demasiado corta, pero definitivamente mejor que lo que llevaba antes, unas meros retales mugrientos. Al menos le habían cosido una capucha, para así poder cubrirse la cara en caso de necesidad. Claro que sus cuatro metros iban a ser más difíciles de disimular, pero no pensaban permanecer en la ciudad mucho más.

Además, ya no iba desarmada. Con una lanza en cada mano podría defenderse mucho mejor, aunque todavía no hubiera recuperado sus fuerzas por completo.

—Una lástima no haber podido darte un baño —añadió de forma casi audible entre dientes.

Segomedes se acercó al hombre larguirucho.

—Gracias por tu asistencia, Factolus. Nos has ofrecido tu casa, comida y armas.

—No es que tuviera mucha elección —dijo medio en broma medio en serio ofreciendo su mano.

—Entonces quedamos así. Si no tenemos noticias el uno del otro, éste es el punto de reunión. Yo mandaré un mensajero aquí en cuanto descubra algo —recapituló Ankor, acercándose para estrechar manos también.

—Tomad —el anciano abrió la mano, dejando ver el colgante esmeralda, recuerdo de su episodio con la guerrera centauro—, llevaos esto con vosotros. Os será de ayuda.

—¿Estás seguro? Debe valer una fortuna, fenicio —se burló Tofilio, parando de camino a la puerta trasera junto a Panea.

En cambio, Segomedes se aproximó a él con tono serio.

—Gracias. No sabía cómo pedírtelo, me alegra que te hayas ofrecido. Si tu historia es verdad, puede que marque la diferencia en nuestro viaje.

—Sé que no os encontraréis con mi amada Kantiprax, pero, si se diera el caso...

Su mano comenzaba a temblar. El médico tragó saliva. Para ahorrarle el mal trago, o no esperar a que cambiara de opinión, Segomedes se apoderó del colgante.

—Le diré que piensas en ella como el primer día. Y la alejaré de Tofilio lo máximo posible.

—Buena suerte. Y ponte esto en la boca una vez al día.

Le dio una cataplasma casera envuelta en hojas y un cordel.

—E intenta hablar lo mínimo —añadió.

Segomedes no pudo evitar sonreír, lo que le provocó un tirón en los puntos.

—¿Con este grupo? No prometo nada.

Armaduras puestas y armas listas, Tofilio, Segomedes y Panea abandonaron la posada de Factolus, serpenteando las calles para evitar el camino principal y llegar a la playa, más allá del puerto, por donde

podieron abandonar la ciudad sin pasar por las puertas que eran defendidas permanentemente por soldados.

En su marcha, Tofilio no perdió tiempo en enseñar griego a Panea. Los términos “atacar”, “correr” y “ayuda” fueron los primeros.

Con menos de una hora pasada, la playa terminó. Para bordear la costa se encontraron con que la marea todavía cubría buena parte del trayecto restante hasta poder internarse en el bosque. Lo que quedaba era una maraña de puntiagudas rocas cubiertas de musgo, lapas y mejillones salpicados constantemente por el mar.

No tuvieron otra alternativa que mojarse hasta las rodillas y avanzar con extremo cuidado de no resbalar y precipitarse sobre las afiladas rocas al recibir los golpes de las olas. Tofilio quedó rezagado al intentar coger unos cangrejos, pero ni sus reflejos espartanos estuvieron a la altura de la rapidez endiablada de aquellas huidizas criaturitas que vivían entre los resquicios rocosos.

—Voy a terminar harto del mar —masculló Segomedes al cortarse la mano—. Genial. Tenemos que nadar. De haberlo sabido habríamos ido por el camino de arriba, a riesgo de toparnos con una patrulla.

Las rocas terminaban ahí, dejando una pared completamente vertical a su izquierda y quinientos metros de distancia hasta la siguiente playa. Una ola se estrelló contra ellos, bañándolos de arriba abajo.

—¿Una carrera? —propuso Tofilio, quitándose la espuma de la cara.

Segomedes cerró los ojos con fuerza. Él iba el primero.

—Llevamos mucho peso, pero estoy seguro de que podemos. Los tres estamos en forma, ¿eh? Panea puede cargar con la comida para que no se moje. ¿Panea?

Ella alzó los brazos. No necesitaba traducción, la comida era una prioridad para todos, pero para ella, la más vital.

—Sí.

—¿Ves? ¿A qué esperamos?

—No sé nadar.

Tofilio se encorvó un poco hacia delante.

—¿Cómo dices? No te oigo.

—Pezones de Poseidón. ¡No sé nadar! —Con las manos abiertas dirigidas al horizonte, gritó a pleno pulmón—. ¡No! ¡Sé! ¡Nadar!

Este, impasible, encogió los hombros.

—Ya lo sé. Solo quería hacértelo decir. Por eso he traído...

El espartano rebuscó algo en su zurrón.

—¿Segomedes no...? —Ella gesticuló brazadas en el aire.

No hubo respuesta.

—Esto. —Tofilio sacó una cuerda y procedió a realizar una veloz demostración—. Primero atamos un extremo a nuestra compañera. Así, Panea. ¿ves? Toma, átate este extremo. Ahora tú, Segomedes. Coges...

—Sé hacerlo —renegó con vergüenza agarrando la cuerda de un tirón.

Una potente ola les embistió, cubriéndolos en una masa de sal, espuma y algas. Una de estas quedó sobre la cara del tebano, quien escupió con asco.

—¡Harto de la sal, del mar y todas sus criaturas es lo que estoy! ¡De no ser por el respeto que tengo a los dioses, vomitaría mil y una maldiciones!

—¡Sego no atacar mar! —rio Panea, señalándolo para acentuar todavía más el agravio.

Tofilio explotó en una carcajada, apuntándolo con el dedo también.

—¡Ja! ¡Está aprendiendo!

Pero a Segomedes no le hizo ninguna gracia.

Tofilio demostró el gran atleta que era, acortando distancias en un tiempo sorprendente a pesar del oleaje y el peso. Detrás, Panea, cargada con la mayoría del equipaje, tuvo que dar todo de sí para mantener el macuto de comida sobre su cabeza, a la vez que tirar de Segomedes. El tebano, por más que intentaba imitar a sus compañeros, no conseguía la coordinación necesaria para mantenerse a flote, y menos todavía en avanzar en el agua

como lo haría sobre tierra, incapaz de ver más allá de sus propias espasmódicas brazadas.

Perfiriendo las mil y una maldiciones antes contenidas, escupía agua salada e intentaba aspirar bocanadas de aire al mismo tiempo con un terrible resultado. Sin que sus brazadas ayudaran en lo más mínimo, se aproximaron a la orilla. Panea, cuando hizo pie, señaló a la playa y apresuró su marcha, para horror del tebano. En cuanto el agua bajó del nivel de sus rodillas, Panea lanzó el macuto a la arena y avanzó con saltos largos y ágiles arrastrando a Segomedes.

—¡Sego! ¡Atacar! —Gritó ella tirando de la cuerda con violencia.

—¿Q-qué? ¡Ah!

Apresurándose a alcanzar a la cíclope vio que Tofilio ya se encontraba en problemas: dos cangrejos gigantes, altos como una persona adulta, se acercaban al espartano con intenciones hostiles, abriendo y cerrando sus poderosas tenazas.

—¡Atrás! —gritaba sacando su espada.

Con varios pasos rápidos, dejó a su derecha el mar para evitar ser flanqueado. Con sus enemigos de frente ya podía iniciar un combate equilibrado.

—¡Atacar!

Con tal grito de guerra, Panea agarró una de las jabalinas y con la tremenda fuerza de su cuerpo de cientos de kilos, el proyectil sobrevoló la playa para hacer blanco en uno de los cangrejos, atravesando su coraza.

—¡Ah! —De un extendido mandoble, tofilio se quitó las pinzas del segundo de encima, siempre retrocediendo a paso lento.

El cangrejo herido retrocedió, pues la lanza estaba bien incrustada en su cuerpo y el dolor le apremiaba a no continuar luchando. Sin embargo, el segundo continuaba presionando a Tofilio con intentonas rápidas de agarrarlo con las tenazas para partirlo por la mitad o algo peor con sus mandíbulas.

Esquivó una, dos, y a la tercera pudo adelantarse con un buen golpe de espada que no le hirió en lo más mínimo.

—¡Oh, por...!

—¡Aguanta! —gritó Segomedes, intentando no tragar agua mientras la cíclope llegaba a la orilla.

De la boca de la criatura, un chorro de agua a alta temperatura lanzó a Tofilio por los aires, empujándolo más de cinco metros hasta aterrizar de espaldas contra la arena.

En el agua, Panea se quitó la cuerda que rodeaba su cintura pasándola por encima de la cabeza.

—¡Tofi! ¡Sego, ataca!

—¿Q-qué? ¡Espera, así no funciona, así no...!

De un estirón, Panea recogió la cuerda, agarró al tebano y lo lanzó cual pelota, rodando en el aire hasta que chocó contra la armadura natural del monstruo, cayendo justo en su lado derecho.

Sin poder comprobar la condición de Tofilio todavía, se tambaleó mareado y apenas respirando. Se llevó un golpe en la espalda que su macuto y armadura absorbieron. Se puso en pie a hinchando los pulmones de aire y blandió la espada a toda prisa, pues las patas puntiagudas bien podían suponer su fin. Panea se acercaba al galope.

—¡Sego, ata...!

Al igual que el espartano, subestimó la velocidad del crustáceo, pues éste giró su cuerpo entero hacia la derecha para tener visual del tebano, movimiento acompañado de un golpe de brazo que lo derribó a la arena. Creyendo que estaba a punto de recibir un golpe final levantó la mirada, para ver cómo el monstruo se elevaba sobre el nivel del mar, dejando su abdomen vulnerable. Por detrás, a contraluz, las poderosas piernas de la cíclope.

—¡Atacar! —repitió ella desde el otro lado.

La voz de Segomedes hizo vibrar la mismísima tierra. Toda la frustración almacenada fue descargada cual erupción en una estocada que abrió en canal a la criatura, apertura que le escupió líquidos internos negruzcos sobre la cara y pecho.

—¡Criatura abyecta, te comeré para cenar, y cuando...!

De otro tajo horizontal, abrió una cruz por donde continuar cercenando el cuerpo del animal.

—¡...Te defeque como la pestilente mierda que eres...!

Continuó asestando rabiosos cortes uno detrás de otro, ascendentes, en diagonal, sin miramiento alguno.

—¡...Te lanzaré de vuelta al pútrido lugar de donde viniste, el mar! ¡Aah!

Con un último tajo, cayó una masa oscura de tripas y carne rosácea a la arena, quedando Segomedes de pie, observando cómo el cangrejo, destripado por completo, no se movía ya.

—Tofi.

Panea dejó caer la víctima de la furia tebana y corrió en su ayuda. Mientras, él, respirando en sonoros soplidos, cayó de rodillas totalmente exhausto y se limpió la cara con una mueca de asco.

—Oh, por favor, cómo puede algo oler tan... mal —murmuró a punto de vomitar.

Se dio la vuelta para comprobar...

—¡Tenemos cangrejo! —gritó Tofilio sentado en la arena, rojo como un tomate y emanando una columna de vapor de su cabeza.

—¡Ejo! —repitió Panea con los brazos en alto.

Pero comida no era precisamente en lo que Segomedes pensaba, y se alejó con la boca cubierta para vomitar alejado del grupo.

—¡Más cangrejo para nosotros! —Celebró él mirando a Panea.

—¡Ejo!

Capítulo 10

Capítulo IX (El Oráculo enterrado)

—Míralo por el lado positivo, Segomedes. Panea finalmente se ha dado un baño.

—Fantástico, ahora olerá a sudor y sal. No se me ocurre mejor combinación para espantar al enemigo.

Era mediodía de su segundo día en Creta. La dirección de su viaje había virado violentamente hacia una búsqueda que prometía grandes desafíos, pero todo itinerario tiene su lento inicio. En ocasiones, hasta aburrido.

—Odio andar por la arena —dijo Tofilio.

—Pensaba que era yo el quejica.

—Ciertamente. Pero es importante recordarte que no tienes exclusividad en la materia de comentar cosas obviamente molestas.

—Porque qué haríamos sin los comentarios sobre cosas obviamente molestas.

Siguiendo la accidentada línea costera a su izquierda, continuaron dirección este, encontrándose más vegetación cada pocos tramos. La orilla, sin embargo, estaba repleta de peligrosos salientes que convertirían una plácida navegación en una verdadera pesadilla al menor descuido. Segomedes había memorizado bien el camino a seguir, cortesía del médico Astyoche.

—No deberíamos tardar mucho en ver un camino que lleve al interior de la isla.

—Mirad. —Tofilio señaló al frente, donde había un navío mercante encallado en la orilla, rodeado de restos de barriles y planchas de madera

desperdigados por doquier.

Al aproximarse, una mujer con la túnica rasgada se puso en pie y corrió hacia ellos.

—¡Socorro!

Preparándose para un engaño y predecible emboscada, Segomedes empuñó la espada.

—¡Oh, no! ¡Ladrones! ¡Y un gigante! ¡Socorro! —Gimió dándose la vuelta espantada.

Tofilio cerró los ojos y negó con la cabeza varias veces antes de salir corriendo detrás de la mujer gritando que no temiera.

Con los ánimos más calmados, el grupo escuchó el relato de la mujer, que contaba cómo justo la noche anterior su barco, inexplicablemente, se dirigió a la costa hasta estrellarse contra las rocas.

—Es como si el capitán se hubiera vuelto loco, nos llevó a todos a este terrible destino —explicó.

—¿Eres la única superviviente? —interrogó Tofilio en tono cálido y amistoso.

—No —su respuesta vino con un hálito de desesperanza—, un grupo conseguimos nadar hasta aquí, pero al llegar... ¡ay! Al llegar, unas criaturas malévolas se llevaron a mi hijo. Los hombres salieron en su rescate, pero han pasado horas desde entonces y temo...

La mujer, de unos treinta años, se llevó las manos a la cara para ocultar sus lágrimas. Segomedes observaba con recelo desde la distancia, caminando arriba y abajo siempre atento a los alrededores.

—¿Qué clase de monstruos eran? ¿Cangrejos gigantes?

Incapaz de responder, negó con la cabeza. Segundos después se vio con energías para continuar hablando.

—No, no eran cangrejos. Hombres serpientes, sirénidos, tritones, no lo sé. Tenían medio cuerpo de hombre y medio cuerpo de lagarto, portaban tridentes ¡Y malditos sean, pues se llevaron a mi único hijo, además de tres buenos hombres que solo quisieron ayudar! ¡Maldita sea la isla entera!

Dicho esto, reanudó el sonoro llanto y cayó de rodillas. Tofilio, mostrando

una inusitada empatía, se arrodilló junto a ella.

—¿Y no recordarás qué dirección tomaron, verdad...?

Pero la mujer, ante tal pregunta, frenó los lloros poco a poco hasta que pudo verbalizar algo con sentido.

—Espera, ¿no estaréis pensando...?

Los ojos del espartano fueron suficientes como respuesta.

—¡Oh, enviados de los dioses, habéis venido a ayudar! —dijo, echándose sobre los brazos del espartano, quien no rehusó el abrazo, pasando sus manos por la espalda húmeda de la mujer—. Al sur, se fueron al interior, un poco más adelante hay un camino que lleva al bosque, yo les seguí pero era de noche y les perdí al poco. Entonces 1, 2 y 3 fueron en busca de mi 4.

Segomedes estiró el cuello para comprobar si era precisamente la dirección en la que iban.

—Vaya, parece que hemos encontrado nuestra entrada —se apremió a decir Tofilio poniéndose en pie.

Panea, que había permanecido a la escucha, se encogió de hombros.

—Atacar. Allí. —Señaló él.

—¿Dolor?

Tofilio asintió, y la cíclope entendió el mensaje. Entonces se dirigió a la mujer.

—Tú quédate aquí, pero ten cuidado con las criaturas que hay en el agua. O mejor dicho, ten cuidado con las criaturas que hay en la playa... No, espera, ven con nosotros. Un momento, eso es todavía más peligroso.

Se encogió de hombros e intercambió una mirada con Segomedes.

—¿Qué? Aquí todo intenta matarte.

El tebano puso fin a su soliloquio elevando la palma de la mano.

—Quédate aquí e intenta no morir. Volveremos con tu gente.

—Eso.

A paso ágil y escudos en alto atravesaron la playa.

Tal y como se les había indicado, un camino fácil de seguir atravesaba la maleza hacia el interior.

—Pero vamos porque está de camino —apuntó Segomedes apartando una rama de en medio.

—Solo lo dices para hacerte el duro. Ibas a ayudarlo igualmente.

—Qué haríamos sin los comentarios sobre cosas obviamente molestas.

Al rato, los árboles comenzaban a elevarse a ambos lados, dejando paso rápidamente a una espesa jungla que bien podía ocultar depredadores en todas direcciones. Panea señaló una bifurcación, y ya en silencio, avanzaron con cautela.

—Hmm.

Panea encontró un rastro reciente de sangre que empezaba sobre unas hojas a la altura de la cintura de los griegos, y continuaba por el borde del camino. Ni siquiera se habían molestado en cubrir sus huellas.

Era como si alguien estuviera riéndose a costa de su suerte, pues la entrada de otra cueva se presentaba ante ellos. Esta vez, una inmensa boca, alta como dos cíclopes, por donde pasaba un riachuelo justo por en medio, que debía llevar a las entrañas de la zona montañosa y al cubil de los monstruos asaltantes.

—Tú detrás —susurró Toflio a Panea, gesticulando para hacerse entender.

Los dos griegos se colocaron hombro con hombro lanzas en ristre, en una irrisoria falange de dos, pero que serviría en aquella ocasión. Avanzando cautelosamente, siempre dando un paso inicial con la pierna avanzada, la izquierda, y después recogiendo la derecha, cruzaron el umbral.

Todavía mojados como estaban, sintieron el frío y la humedad del lugar. Una gota cayó sobre el casco de Segomedes y éste elevó la mirada: el techo se abría y se abría hasta una altura imposible de determinar, pues terminaba en un área negra a lo alto.

Toflio movió la lanza sutilmente de izquierda a derecha, imperceptible para el ojo desentrenado, pero suficiente para que Segomedes recuperara su atención al frente. El pasillo, apenas ancho para ellos dos, daba lugar, a diez pasos más allá a una sala amplia con dos guardias: tritones

armados con tridentes.

Mitad hombres mitad serpientes marinas, era común verles con armas e incluso armaduras, algunas veces robadas, algunas veces creadas por ellos mismos, lo que demostraba cierto nivel de intelecto. Aun así, estas criaturas raramente se mostraban amistosas y los griegos no dudaron de sus intenciones hostiles.

No hicieron falta palabras. Tofilio señaló, y Panea se preparó.

—iAsonpkr!

En cuanto fueron detectados, los dos guaridas estiraron sus cuerpos inferiores de serpiente y acortaron distancias como si de un mero paso se tratase. Las lanzas hicieron su trabajo frenándolos, y desde atrás, Panea realizó su lanzamiento, clavando el acero en el pecho de un tritón, derribándolo al instante, dejando a su compañero de piel azulada solo.

Los griegos esperaron. El tritón, empuñando el arma con ambas manos, preparó una estocada, pero se lo pensó mejor y, tras mirar hacia atrás, trató de huir. Veloces de reflejos, las piernas de Tofilio demostraron una explosividad que muchos calificarían como inhumana y de un salto extendió el brazo derecho para atravesar a la criatura por la espalda, perforando carne y la columna vertebral.

Al aterrizar, retiró la punta del cuerpo de la criatura y terminó con su agonía con otra estocada, esta vez en la cabeza.

De nuevo, se movieron como uno solo. Recuperaron la posición anterior y corrieron al otro extremo de la sala, donde el túnel estrecho iba a ser su mejor arma. Panea quedó atrás para recuperar la lanza y asegurarse de que no les atacaban por detrás.

Escucharon voces que retumbaban sobre sus cabezas: debía haber media docena en las entrañas de aquellos túneles.

—Atrás —susurró Segomedes—, desde la sala.

Tofilio asintió y retrocedieron un poco. Los griegos quedaron a un paso de la sala circular, en cuyo centro se recogía el agua que entraba del exterior en un amplio charco.

Allí disponían de una buena visión con una decena de metros por delante, mientras que Panea quedó oculta para los atacantes: fueran los que

fueran, los esperarían allí.

Un grupo de cuatro apareció reptando a gran velocidad hacia ellos con terrible semblante. Evitando las mortales lanzas cargaron con los tridentes, y aunque el impacto contra los escudos les arrastró unos centímetros hacia atrás, permanecieron en el sitio y contratacaron.

—¡Atacar! —ordenó Tofilio.

La figura de cuatro metros hizo a los atónitos tritones levantar la mirada, y antes de poder reaccionar, uno de ellos tenía una lanza atravesada en la cara. Ante la estupefacción del resto, Panea levantó su lanza más y más, dejando al tritón espasmódico en el aire cual anguila en un mercado, para después dejarlo caer sobre el grupo enemigo, causando gran tumulto: gritaron algo ininteligible entre ellos, un tridente cayó al suelo en un estruendo, otro cayó al suelo y el último quedó absolutamente aterrorizado en el sitio.

Aprovechando la sorpresa, los griegos atacaron con furia, asestando pinchazos certeros, avanzando uno, dos y tres pasos. Panea entonces volvió a su posición para repetir la jugada. Decididos a no arriesgarse, Segomedes y Tofilio se apresuraron a pinchar a los cuatro en varios puntos, no fuera que alguno se estuviera haciendo el muerto para sorprenderles más tarde.

Recuperaron el aliento en silencio mientras esperaban el siguiente grupo, igual de numeroso, que se encontró una pila de cadáveres que obstaculizaban el paso. En cuanto el primero se atrevió a cruzar, los griegos corrieron hacia él.

—¡Asonpkr! —gritó bloqueando la lanza de Segomedes, pero recibiendo un profundo corte en el costado a cambio.

Al retorcerse de dolor, Segomedes pudo apuntar a la cabeza, abriendo un nuevo orificio a través de la cuenca del ocular derecha, atravesando cráneo y cerebro. Al retirar la lanza, en la punta había quedado atrapadas trazas de materia gris, para terror de sus compañeros.

El cuerpo del tritón cayó como un saco de trigo, elevando por un palmo la montaña de cuerpos. Bajo sus pies, un charco de color aguamarina brillante cuyos chapoteos hacían eco a ambos lados.

A paso lento, siempre de frente, retrocedieron a su posición inicial.

Del grupo enemigo emergió uno que portaba brazales de bronce. Frenó al resto en un acto de cautela y estrategia. Segomedes y Tofilio esperaron. Ambos grupos crearon una burbuja de silencio que nadie se decidía a

pinchar.

—¡Ayuda, aquí!

La voz de auxilio, que venía más allá del grupo de tritones, reverberó no solo en las paredes sudorosas de la cueva, sino en los pechos de los griegos. Poseídos por furia guerrera, llama consumidora de pensamientos racionales y contrincantes por igual, cargaron contra los tritones; Tofilio en perfecto silencio, y Segomedes alzando un gargantuesco grito que bien parecía pertenecer a cincuenta hombres. De poco le sirvió al primer tritón defenderse con el tridente, pues dos puntas de lanza le salieron por la espalda. Los tres restantes se dieron a la fuga, cometiendo el fatídico error de dar la espalda a sus enemigos.

Dejando atrás la lanza, Segomedes se hizo con uno de los tridentes del suelo y lo lanzó, alcanzando de refilón a uno de ellos en la cola, ya que eran armas pesadas y no aptas para su lanzamiento.

—Vamos —apuró Tofilio entregándole su lanza de vuelta, ya fuera del cuerpo del monstruo.

Al extender su mano, ambos fueron testigos de cómo un segundo tridente silbaba sobre sus cabezas y con terrible estruendo dio muerte a otro tritón.

—¡Vamos!

Fue Panea quien los adelantó, armada con sus dos lanzas y otros dos tridentes. Se apresuraron en continuar el túnel: de verse contra la pared bien podrían aquellas alimañas matar a los supervivientes.

De las paredes laterales caían múltiples y constantes goteos que formaban un riachuelo en el centro del camino, guiando al trío por la bajada en espiral.

—Cuidado no resbaléis —advirtió precavidamente Segomedes, bajando el ritmo.

Los escalones se hicieron más pronunciados, a la vez que el agua que fluía bajo sus pies. No tardaron en alcanzar el fondo de la madriguera: una sala amplia, casi cinco veces la anterior en tamaño, con un túnel al lado izquierdo donde desembocaba una docena de riachuelos, y por donde seguramente los tritones nadaban hasta el mar. A la derecha, la jaula construida malamente con cañas y cuerdas roídas mantenían prisioneros a

tres hombres adultos y un niño.

—¡Ayuda, ayuda! ¡Sacadnos y lucharemos con vosotros!—gritaban a la vez que sacudían la prisión con ambas manos.

Segomedes señaló la parte superior, donde unos pedrolos impedían que los prisioneros levantaran el fragmento de cubierta que hacía de techo. De romper la estructura, caerían sobre ellos.

Alrededor, restos de cuerpos roídos y huesos humanos.

En el centro esperaba un imponente tritón de cuatro brazos, casco beocio y brazales de color esmeralda. Su piel era más oscura que la de sus compañeros, signo de que se trataba de un ejemplar más viejo, y por lo tanto, experimentado. A cada uno de los flancos, uno de los tritones que había conseguido escapar.

El trío avanzó varios metros para no ser empujados de vuelta a las escaleras. Segomedes y Tofilio se colocaron hombro con hombro, escudos en alto.

—Mandaré primero a sus secuaces. Si es inteligente, atacarán a la vez —dijo el tebano—. Panea, ataca desde atrás y protege los lados. Lados, izquierda y derecha.

La cíclope colocó en el suelo los tridentes y se preparó para escupir proyectiles cual máquina de asedio. Segomedes gesticuló como si levantara algo muy pesado, refiriéndose a las rocas de la jaula.

—Cuando solo quede el grande, ayuda a los hombres. Dale armas. Ayuda. ¿Entendido?

—Panea entiende.

—Asonpkr. Urk im pola, asonpkr —amenazó el líder escamoso dejando ver su viperina lengua.

Armado con tridente y espada corta a cada lado, estiró el cuerpo hacia el oscurecido techo para demostrar su poderío: más de cinco metros de asesino músculo y ojos de reptil a punto de saltar sobre ellos. Con sus cuatro brazos apuntó a los griegos.

—¡Pola!

Capítulo 11

Capítulo X (El Oráculo enterrado)



SEGOMEDES Y LA REINA DE CNOSOS

UN ÉPICO VIAJE POR LA GRECIA MITOLÓGICA

Cual saeta lanzada por una catapulta, los cuerpos de serpiente de los tritones se encogieron para después salir disparados hacia los griegos. Tuvieron la audacia de atacar ambos a Tofilio, pasando sus lanzas y golpeando el escudo espartano con sus tridentes en brutal choque.

Segomedes vio cómo la lanza y escudo de su compañero se atrasaban como si un titánico anzuelo tirara del chico, dejando tras de sí una estela carmesí que desapareció con un gruñido de dolor.

Con ambos enemigos dentro del alcance de sus armas, recogió la lanza en un bien entrenado movimiento, tirando de ella, abriendo el puño y cerrando su agarre en un instante, permitiéndole así usar la punta en el vientre del tritón a su izquierda. Nada mortal, pero suficiente para alejarlo unos segundos mientras retrocedía hacia Tofilio y protegerle de una segunda estocada descendente con su escudo decorado con una cabeza de toro, el mismo que consiguió de Deneo, guardia real del rey Iphitas el constructor.

—¡Ah!

Pivotando hacia la derecha alargó el brazo a lo alto, casi colocándose de espaldas al enemigo, con la pierna contraria arrodillada. Greba izquierda, escudo y yelmo crearon un muro de protección perfecto en el que no había hueco por donde alcanzar al tebano.

Dos de las puntas alcanzaron la defensa, mientras que el extremo derecho rascó el casco de Segomedes justo por encima de las cejas.

Parpadeó con fuerza y por el espacio entre su rodilla y codo, pinchó con la lanza perforando escamas y carne.

—¡Uf!

Había olvidado que los cuerpos sirénidos de los tritones les permitía atacar no solo con sus brazos, sino con sus colas, error que Segomedes pagó siendo abofeteado en la espalda y cayó de bruces. Pero la acción del tebano no había caído en saco roto: la punta del tridente resonó al chocar contra el suelo: era la suela de Tofilio el espartano.

Cualquiera hubiera atestiguado que aquel día los meteoritos caían hacia arriba. Y es que la mancha carmesí subió por el tridente enemigo, y cuando llegó a los puños que lo sostenían, la cabeza del tritón quedó separada del cuerpo para salir despedida rodando en el aire.

Con el pie derecho sobre el pecho del monstruo, escudo en alto y brazo atrasado, apuntando con su xiphos al tritón líder, perdió altura cuando su

víctima se precipitó de espaldas. Mantuvo la postura a la perfección cuando aterrizó a la vez que la cabeza ensangrentada, cerca de donde Panea había estado luchando.

Segomedes se irguió para comprobar el estado de la mujer. Una sonrisa se atisbó bajo el casco, pues el tritón yacía boca arriba con su propio tridente clavado en la garganta y su asesina, con varios cortes pero victoriosa, se acercó a los griegos para recuperar la formación inicial.

En un balanceo serpenteante, el tritón en armadura circuló alrededor del trío murmurando palabras ininteligibles. Panea no esperó a que realizara el primer ataque, y lanzó uno de los tridentes con su característica fuerza, aunque el movimiento de esquiva del monstruo marino fue más rápido. El proyectil de bronce se deslizó sonoramente sobre la cueva, llegando hasta la piscina y sumergiéndose.

—Aquí viene. Cuidado con su cola —advirtió Segomedes.

Emitiendo un siseo similar al de una serpiente, chocó las espadas cortas y embistió a los griegos con ambos tridentes y un tercer ataque con la cola que esta vez no cogió desprevenido a Segomedes. El escudo de toro se abolló ante el impacto y poco faltó para que tirara a Tofilio hacia la derecha, pero éste resistió y sostuvo al tebano con su propio cuerpo.

—¡Aah!

Panea saltó al lado para contraatacar. Con un seco aguijonazo, la punta de su tridente quedó doblada, y el casco beocio del tritón cayó al suelo.

—¡Ahora, ahora! —gritó Segomedes.

Mientras los griegos le hacían frente y mantenían ocupado con constantes pinchazos, la mujer corrió a toda prisa a liberar a los hombres ante la atenta mirada del tritón, ya que poco más podía hacer: se había quedado solo.

Los escudos se movían paso a paso, presionando, ganando terreno lentamente. Cuantos golpes de tridente conectaban eran absorbidos por las armaduras griegas y resistidos por los fornidos cuerpos de los que las portaban.

El enemigo cambió de táctica. Usó el extremo de su cuerpo para atizar desde arriba. En un movimiento sincronizado, ambos elevaron los escudos y extendieron brazos y hombros derechos, alcanzando al tritón en dos puntos y bloqueando el tremendo latigazo de cola. Por fuerte que fuera el impacto, comprimiendo los cuerpos de los griegos y aplastando sus crines,

había valido la pena, habían conseguido la primera sangre.

—¡Ayuda, ayuda!

Panea se apresuraba en apartar la media docena de piedras del techo de la jaula. Sin embargo, en vez de dejarlas caer, las aprovechó para lanzarlas contra el tritón desde el flanco.

Esquivar los proyectiles a la vez que protegerse de los ataques de lanzas se probó como una tarea imposible. El tritón se llevó dos impactos de piedra en el cuerpo, permitiendo a Tofilio acertar en el codo derecho atravesando tendones y ligamentos. Había dejado el tritón había inservible y con el resonar del bronce, le quedaron tres brazos útiles. Herido y viéndose a pocos metros de la pared se encabritó.

No había modo de superar a los invasores con armas, y optó por emplear su cola de nuevo, esta vez fintando un ataque descendente, para barrer el suelo. Los tobillos de Segomedes recibieron el sonoro golpe y éste quedó suspendido en el aire un momento mientras el espartano saltaba cual liebre para evitar sufrir el mismo castigo. Arrugó el semblante al bajar la mirada y ver que el tritón recogía la cola para agarrar a su compañero que caía al suelo.

Tan rápido intentó cortar el escamoso cuerpo, el cuerpo del tebano quedó despedido hacia la pared opuesta. Tras el violento choque, sus armas resonaron en la sala y Segomedes cayó de bruces.

“Es una promesa.”

Con aquellas proféticas palabras en su mente, mandíbulas presionadas, músculos tensos y ojos listos para no parpadear hasta que uno de los dos yaciera muerto, Tofilio de esparta arrancó en una rueda homicida que le envió en zancadas contra el enemigo. Se protegió de los pinchazos de tridente y arremetió con la lanza a cada segundo, arriba, al centro, cada aguijonazo acompañado de una exhalación. Abajo, centro.

Las espadas cortas bloqueaban algunos golpes, pero los brazos inferiores del monstruo eran torpes, lentos y débiles en comparación con la máquina de guerra que era cada fibra espartana: él podía mantener ese mismo ritmo durante horas.

Echando la cabeza hacia atrás, el tritón aulló de dolor y rabia, pues por una docena de orificios manaba la brillante sangre aguamarina.

—Asonpkr... iTi uk po!

De un último pinchazo clavó la lanza en el costillar, doblando la punta que quedó enganchada. Era el momento de cambiar de nuevo a la espada, y así habría continuado, de no ser por el aviso.

—¡Cuidado! —gritó uno de los prisioneros al ser liberado por la cíclope, quien ya se encontraba repartiendo tridentes y lanzas.

—¿Qué?

De la sangre del tritón emanó una luz inusual, y por puro reflejo Tofilio se encogió para dejar que su hoplón hiciera su trabajo.

En un parpadeo, una esfera compuesta por astillas de hielo del tamaño de un dedo se formaron y volaron para clavarse en todas direcciones, ya fuera suelo, paredes, escudos o carne.

De los tres hombres que se apresuraban a unirse al combate, uno cayó de espaldas cuando una estaca de hielo le atravesó el pecho.

Tres fragmentos alcanzaron a Tofilio, uno en la axila, otro en el cuello y el tercero en la pantorrilla, atravesando el músculo. Las fuerzas abandonaron su pierna derecha y la greba tocó el suelo.

—¡Ephilostes! —gritaron los dos hombres armados con lanzas.

—¡Magia del tártaro! —gruñó rompiendo su disciplinado silencio de batalla al verse incapaz de erguirse de nuevo con aquella cosa clavada, que le congelaba de la cadera hasta la rodilla.

—iTti uk po!

Todavía con la lanza clavada, el tritón empleó sus tres brazos sanos en atacar a Tofilio, que se encogía más y más a cada impacto, sosteniendo el escudo con ambas manos.

—Parece que no podré heredar tu armadura, tebano...

En un desesperado intento antes de ser derrotado, dejó su protección sostenida con una única mano para llevar la derecha hacia la espada, pero el siguiente golpe de tridente se lo arrancó, desequilibrándolo. Por primera vez en mucho tiempo, Tofilio sonrió.

—iTú ik po!

El siguiente tajo quedó bloqueado por su xiphos. Ambos intercambiaron miradas: las pupilas de reptil del tritón vibraban en casi imperceptibles sacudidas, mientras que las de Tofilio permanecían tan calmas como inmóviles. Aún no había parpadeado.

Una piedrecita chocó contra el rostro del monstruo, atrayendo su atención hacia el lado donde no había nadie. Al menos, no donde debería haber, ya que la jaula se encontraba en el otro extremo. Era el niño prisionero, de no más de diez años; armado con un puñado de proyectiles, ejecutó su indefensa pero constante llovizna de piedras. Inofensiva ciertamente, pero cumpliendo con el cometido de distraer.

Dos lanzas empujaron el costado del monstruo contra la pared, y el puño de Panea se estrelló contra la cara del tritón, incrustando los nudillos en la garganta llevándose por delante sus puntiagudos dientes.

—iMatadlo, ahora!

Pero la bestia no se dio por vencida. De nuevo, un barrido con la cola fue suficiente para derribar a uno de los griegos prisioneros y a Tofilio, quien aún trataba de tenerse en pie.

En una acción preventiva, Panea inmovilizó dos de los brazos del tritón, iniciando un duelo de fuerza bruta en el que ambos se jugaban la vida. El corazón de la cíclope bombeó a plena potencia, enviando la sangre en pulsaciones visibles desde el exterior en forma de venas hinchadas en bíceps, antebrazos y cuello.

—iTí uk po!

—iDolor!

Forcejearon unos segundos intensos en los que los dedos de Panea estrujaron las muñecas de su adversario con un pasmoso crujido de huesos. De haberse tratado de un enemigo humanoide, ella habría resultado victoriosa, pero el tritón aprovechó su anatomía piscizoide para abrirle las piernas con un latigazo de cola.

—Uk po.

De un esforzado empujón le tiró de culo, agarrando a la cíclope de las manos impidiéndole escapar de su próximo ataque. Panea abrió la boca

para lanzar un gruñido, aunque éste no llegó a pronunciarse.

El filo de una espada ancha cercenó escamas, carne y hueso en un mandoble vertical descendente. Con un segundo tajo continuado, el brazo derecho del tritón acompañó el izquierdo en un baile aéreo, ya despegados del cuerpo a la altura de los codos. Para terminar, el metal cayó estrepitosamente contra el abdomen, abriendo una brecha en la carne hasta la columna. Segomedes escupió un gorgajo de sangre. Empuñando la espada con ambas manos, inspiró satisfecho y preparó la estocada final.

Compungido por el agudo dolor, el tritón elevó un alarido y torpemente dio media vuelta, directo hacia el túnel acuático.

—¡No! —gritó Panea agarrando el extremo de la cola.

Segomedes elevó el filo a la altura de su hombro, y cuando el tritón recibió el estirón de la cíclope, de un tajo horizontal le cortó la cabeza.

—¡Victoria!

—¡Estamos salvados, salvados!

—¿Estamos bien? —preguntó Segomedes revisando a los supervivientes, aunque su voz era tan débil y entrecortada por las bocanadas de aire que nadie le oyó. Aun con la coraza se podía apreciar sus tremendas inspiraciones cuando su pecho se hinchaba de aire.

Tofilio, ya en pie, asintió a la vez que sus rodillas bailaban incontroladamente. Satisfecho por haber conseguido su objetivo y ver a Segomedes con vida, mostró una sonrisa apenas visible tras el casco, pero se precipitó de rodillas una vez más en un tronar de bronce chocando contra la piedra.

—¡Tofi!

Panea corrió a socorrerle, pero éste elevó su mano derecha para demostrar que seguía consciente. Con todo, no rehusó los cuidados de la cíclope, pues alguien tenía que sacarle las estacas de hielo.

El casco tebano descansó en el suelo, y Segomedes pudo otorgarse un minuto para recuperar el aliento. Se frotó los ojos con ambas manos, dejó caer la espada y el cuerpo. De rodillas, elevó el mentón y apretó los dientes. La sangre brillante de tritón manchó sus grebas, rodillas y pies. E

incluso la corriente de agua que llegaba por las escaleras estaba coloreada de sangre de tritón; tal era la carnicería que habían perpetrado los griegos aquella mañana.

—Padre máximo —oró en voz baja al inicio—, Cronida que acumula las nubes y todo lo ve. Has sido testigo de nuestros esfuerzos y de cómo hemos dado muerte a criaturas de tu hijo, amo de los océanos y de todas las criaturas que habitan en ellos.

Se limpió el sudor que caía en un torrente por su nariz y barbilla.

—Ten misericordia de nosotros, pues en nuestros actos únicamente ha habido intenciones de socorrer hombres inocentes.

Así rezaba el tebano mientras el grupo se reunía. Consciente de que no disponía de ofrendas dignas para pedir nada al rey del Olimpo, sus siguientes palabras las pronunció tan quebradas que a los presentes les pareció que se trataba del lloro desesperanzado de un hombre que acaba de perderlo todo.

—¡Zeus, que vives en lo alto del firmamento, que reinas sobre los dioses, los elementos y los hombres, óyeme! ¡Sé mi égida contra la ira de Poseidón!

Tofilio, Panea, los dos supervivientes y hasta el niño, sosteniendo una última piedra, quedaron conmovidos ante el discurso, observando al tebano en silencio largo rato. Tan perplejos quedaron, que hasta esperaron una respuesta, una señal de los dioses.

Nada. La oración de Segomedes se transformó en un gimoteo inconstante de palabras.

—Zeus, Zeus, óyeme...

Y si los dioses escucharon la plegaria de Segomedes, no dieron respuesta ni señal.

Por ahora.

Capítulo 12

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

Capítulo 13

Capítulo XII (El Oráculo enterrado)

Los tres turnos de vigilia pasaron sin más eventos que un jabalí curioso que se acercó al río, para desaparecer en cuanto vio figuras humanoides en el fuego.

Las cejas de Segomedes últimamente parecían tener cierta disposición a permanecer apretadas. Tal vez era viajar con más gente y tener que preocuparse de otros de nuevo lo que le volvía tan áspero. Irónico, pues durante años había estado convencido de que su época como oficial había quedado atrás.

Antes de que el sueño atacara, prefirió ponerse en pie y pasear alrededor del fuego a la vez que se entretenía rascándose la barba.

“¡Vas a morir, tebano! ¿Me oyes? ¡Te crucificaré en la escalinata del palacio y dejaré que te coman los cuervos!”

—¿Qué estoy haciendo? —susurró para sí, y retomó sus pasos.

Fue él quien atacó primero, cortando los brazos de uno de los soldados. Había actuado como un loco sin razón, alguien que no tiene nada que perder. Y haciéndolo, había arrastrado a Tofilio con él. Negó con la cabeza y dio otra vuelta en silencio.

La promesa que pronunció al padre del espartano bien podía darse por rota, o quebrada, al menos. Porque la condición de devolver al chico sano y salvo a su tierra se veía complicada de cumplir. Volvió la mirada hacia Panea y fueron sus labios los que formaron una mueca.

Y aun así...

Con el Sol próximo a despuntar e iluminar un día más, Segomedes decidió no despertar al resto. Es más, incluso iba a permitirles dormir hasta bien entrada la mañana. Tras los dos días que habían tenido y los extenuantes combates, necesitaban reposar ahora que podían. Así pues, revivió el fuego y preparó algo más de leña para alargar su turno.

Pero que Tofilio no hiciera acto de presencia antes que el Sol estaba muy alejado de la realidad, y el espartano se sentó casi de un salto, dispuesto a iniciar su rutina sin pronunciar palabra.

Con la manta ya guardada, se desnudó y salió corriendo hacia el río para lavarse.

Hablar solo ayudaba al tebano a poner sus pensamientos en orden.

—No sabemos si pasaremos dos días o dos semanas en este bosque...
Hmm. ¿Y si....? Creo que podríamos acampar aquí de forma semipermanente, salir durante el día a explorar y volver a la noche.

Dio varias vueltas sobre sí mismo, estudiando el lugar.

—Poner una barrera en ese lado, una empalizada primitiva. Y allí también, así aprovecharíamos los troncos como barrera natural. Con un puesto de vigilancia en el río. Podría funcionar, podría funcionar...

De repente se vio abrumado por las ideas y la imagen de una fortificación que les daría ventaja ante el ataque de los soldados de Cnosos y otras criaturas hostiles ocupó toda su atención.

La voz de Panea hizo que Segomedes, cruzado de brazos y señalando varios puntos entre los árboles, girara el cuerpo. La cíclope bostezaba sonoramente con el cuerpo inclinado hacia atrás, mostrando los colmillos afilados que él no había visto antes.

—¿Tofi?

—Está en el río, lavándose.

—Hmm. Hambre.

Las conversaciones con la cíclope estaban acompañadas de gesticulaciones exageradas para hacerse entender, y era algo a lo que los dos griegos se habían acostumbrado. Pero funcionaba, así que no había

razón para dejar de hacerlo.

Como quien estudia un animal salvaje jamás visto antes, Segomedes quedó en silencio observándola, jugando con la punta de su barba formando rizos constantemente. Una sonrisa se le escapó a Segomedes, las mechas de pelo que caían sobre la cara de Panea y sus andares arrastrados, hombros caídos y murmullos matutinos le daban un aspecto inofensivo.

Paró su búsqueda de algo que llevarse a la boca y giró el rostro a la izquierda, fulminando con la mirada a Segomedes.

—¿Qué?

—Nada —se encogió de hombros—, pero tú deberías ir también —añadió señalando al río—, hueles a... cómo decirlo.

Con el pulgar apretó la nariz e imitó el sonido de un cerdo. Panea mostró una mueca de ofensa profunda, formando una O con los labios.

—¿Sego hambre? —preguntó mostrando su puño.

Lejos de sentirse intimidado, Segomedes adelantó el cuerpo con una risa.

—Haz lo que debas. He dicho la verdad.

Apretando los morros y mascullando palabras ininteligibles, Panea cogió el mismo camino que el espartano y desapareció entre los árboles.

Estiró los brazos y se crujió las vértebras del cuello.

—Bueno. Es hora... de empezar.

Utilizaría las ramas más gruesas que pudiera cortar para comenzar, o al menos marcar, dónde iban a construir la barrera. No frenaría una carga de centauros, pero sí ayudaría a que hombres a pie atacaran justo por donde ellos quisieran. Afortunadamente, portaban las herramientas adecuadas y el hacha le permitió acelerar el trabajo.

No debía llevar más de diez minutos en ello cuando Panea regresó agitando los brazos y un gran pescado en la mano derecha.

—¡Ah, ah!

Segomedes, que se encontraba agazapado marcando en la tierra una

línea, se irguió para ver mejor.

—¡Oh, traes el almuerzo, fantástico!

—¡No! ¡Tofi, ah, ah! ¡Imto qua peltes! ¡Tofi peltesia!

Éste se rascó la barba y quedó observando a la cíclope, empapada de arriba abajo y con un chorro de agua que le caía de la trenza. Por su agitada respiración, era lógico pensar que algo había pasado con Tofilio.

—No he entendido absolutamente nada de lo que has dicho.

—¡Tofi! —señaló ella—. ¡Tofi blablabla!

Antes de iniciar una conversación absurda, Segomedes se rindió y abrió la palma de la mano para pedirle que guiara el camino hasta Tofilio. Ella giró de un salto enérgico dejando caer la pieza.

—¡Tofi peltesia! —Repitió ya retomando sus pasos.

Apartando ramas a manotazos, Panea se apresuró, sin volver la mirada para comprobar si Segomedes le seguía. Él en verdad no se mostró muy preocupado y mantuvo una distancia prudencial sin alterarse demasiado. Fuera lo que fuera, Tofilio ya había salido de peores situaciones.

—¡Ah, Tofi!

Panea frenó en seco, y como preparándose para un combate, elevó los puños.

La figura desnuda del espartano se apareció ante ambos. Caminaba torpemente alternando la mirada de lado a lado, como si fuera la primera vez que se encontrara en un bosque y hasta la hoja más pequeña moverse con el viento le fascinara.

—¿Tofilio? ¿Estás bien?

La voz de Segomedes atrajo su atención, y las pupilas, carentes de vida, se fijaron en la pareja. La pronunciación de Tofilio tenía pegado un acento extraño, y sus labios gesticulaban exageradamente en las vocales.

—Una cíclope y dos humanos. Interesante.

—No hemos venido a hacer daño —se apresuró a decir Segomedes, dando un paso adelante mostrando sus manos desarmadas—. Buscamos los centauros, y el Oráculo.

—Eso ya lo veremos.

Dicho esto, el cuerpo de Tofilio se desplomó de bruces cual saco de harina, estampándose los morros contra la hierba y elevando las piernas con el choque antes de quedar completamente en horizontal.

—Tofi dolor —susurró ella a la vez que se acercaba para socorrer al espartano.

—Nah, estará bien. Tiene la cabeza muy dura. Cógelo.

De vuelta al campamento, Segomedes se esforzaba por hacer entender a Panea lo necesarias que eran sus medidas extremas.

—Lo sé, lo sé. Pero es necesario. Tofilio ha sido poseído... ¿peltesia? Por algo, y desconocemos si, cuando despierte, si es que despierta, no lo hará escupiendo fuego o dando manotazos con la fuerza de un titán. Así pues, Tofilio se quedará como está hasta nuevo aviso.

—Peltesia.

Ella negó con la cabeza. Brazos cruzados y semblante serio, no ocultaba su desagrado a la situación. Habían atado a Tofilio a un árbol, imposibilitando que se moviera al despertar, siempre y cuando mantuviera un nivel de fuerza humano. Al menos, le habían vestido con su túnica.

—Sea lo que sea, aún está dentro de él. Esperaremos con atención.

—Vigilar.

—Eso es. Tú vigila, yo voy a dar una vuelta de reconocimiento, no vaya a ser que se trate de una distracción antes de un ataque. Volveré.

—Yo vigilo Tofilio—repitió Panea.

—Eso es. Yo vigilo fuera.

Ya preparado para la batalla, con toda su panoplia colocada, escudo y espada listas, dejó a solas a la pareja para acallar, una vez más, sus terribles sospechas.

—Es que es una detrás de otra —renegó aunque nadie pudiera oírle—, no

descansamos ni un día.

Con la nueva luz podía explorar los alrededores. Primero retomó el camino por donde habían venido, desde el río, para así observar el lugar donde tuvo lugar la presunta posesión. No encontró más que rocas musgosas, algún que otro pez saltando y agua transparente. Nada sospechoso: todo estaba en calma, si había algo fuera de lugar, él no podía verlo.

Continuó el curso del río, pero antes de alejarse demasiado giró a la derecha y retornó al campamento. No quería dejar a Panea a solas demasiado tiempo.

Allí, ella terminaba de sacar las tripas al pescado junto al fuego.

—¿Sego hambre?

—Si, tengo hambre.

—Panea hambre.

Segomedes se acercó para dejar la espada y el escudo junto a su macuto. Después, se quitó el casco.

—¿No la tienes siempre?

—Día, noche, hambre —apuntó ella elevando el índice, imitando el movimiendo del Sol de este a oeste.

La herida de la mejilla recordó al tebano que no debía hablar ni sonreír como llevaba haciendo desde que salieron. Tenía el ungüento todavía sin usar, y aquel era un buen momento mientras esperaban a que tanto el pescado como Tofilio estuvieran listos.

Panea murmuraba algo en su idioma, pero él no prestó mucha atención. Observando al dormido Tofilio, embadurnó la mejilla con la pasta verdosa y antes de darse cuenta, llevaba un rato escuchando un canto. La voz de Panea era chocantemente agudo, con palabras de sílabas alargadas y generalmente de tono descendente, dándole un aire melancólico a la melodía.

Se dirigió a la fogata para colgar la pieza. Miró con cierto orgullo la estructura que había construido, y asintió cuando solo hubo que esperar. Fue entonces cuando dio un respingo al ver a Segomedes observándola con ojos entrecerrados y brazos cruzados, como concentrado.

—¡Ah! Sego gusta —se llevó el índice al ojo, ya que no conocía el verbo adecuado.

Él no era un mirón, o eso se decía, pero ciertamente se sentía fascinado por ella. Apartó la mirada un instante, al no tener las palabras adecuadas para darle a entender una explicación. La barrera lingüística era enorme, apenas podían intercambiar ideas o pensamientos. A Tofilio se le daba mejor hacerse entender, pero Segomedes estaba acostumbrado a dar órdenes concretas y que estas se ejecutaran sin vacilación.

—¿Panea triste? —preguntó gesticulando cómo una lágrima caería por la mejilla.

Una larga sonrisa sirvió de respuesta. Aun así, se esforzó por dar una explicación.

—Tofilio, Segomedes amigos. Panea no triste —dijo irguiéndose con los brazos caídos, observando al tebano con la misma atención que él ponía en ella. Muchas veces encorvaba la espalda; cuando realmente estiraba la columna mostraba toda su altura y era verdaderamente intimidante.

—Ojalá un día entiendas que no hago esto solo por ti, sino por un objetivo mucho mayor. Aun con todo, he de reconocer que actué por despecho. Me vi reflejado en ti, y no pensé en las consecuencias, llevando a Tofilio hasta esta situación conmigo, lo cual no es justo. No sé de dónde vienes, ni conozco nada de tu gente, pero... sabes luchar, te desenvuelves en la naturaleza, no te importa cocinar, tienes aptitudes sociales, y lo que es mejor aún, no le das importancia a la desnudez. Con una griega habríamos tenido discusiones de todo tipo, pero viajar contigo es... tan fácil.

Se encogió de hombros. Que sus palabras cayeran en un vórtice de vacío ayudaron a transformar en sonido sus últimos pensamientos.

—Lo tienes todo. Eres fantástica.

¿Cuánto hacía que su ojo no había parpadeado? Tal vez su concentración en intentar discernir qué significaban sus palabras, que había olvidado hacerlo. Ella, que había permanecido quieta durante el discurso, esperó unos segundos y repitió el gesto de hombros.

—Panea no entender.

Segomedes asintió varias veces con una mueca agria.

—Ya. Lo sé. Lo sé.

Capítulo 14

Capítulo XIII (El Oráculo enterrado)

Sentados al fuego, Segomedes y Panea terminaban el pescado entreteniéndose con un juego. El tebano cruzó los brazos y se meció sobre el tronco donde se sentaba, observando a Tofilio, todavía atado al tronco del árbol, noqueado. De vez en cuando se movía en espasmos como quien sueña intensamente, pero no había dado señales de despertar todavía.

—No sé qué vamos a hacer si su estado no cambia pronto.

Resopló antes de reanudar el juego en el que él señalaba partes del cuerpo y ella debía nombrarlos en griego.

—Cabeza —decía a la vez que Segomedes se tocaba—, ogo.

—Ojo.

—Ojo. Ore...ja. Pelo.

—Eso es —Segomedes asintió satisfecho.

Alargando los labios hacia abajo se formó una mueca de sorpresa, pues no necesitaba repetir el vocabulario más que un par de veces a la cíclope para que lo memorizara.

—Panea gusta Segomedes luchar. Y pelo.

El comentario, pronunciado con cierta sonrisilla, produjo una carcajada en él.

—Cierto, los dos tenemos trenzas —asintió, ignorando el primer halago—. Gracias, a mí me gustan tus brazos —respondió flexionando su bíceps derecho.

—¡Brazos pequeños! —replicó ella, disconforme con la apreciación de Segomedes.

Elevó los puños a la altura de la cabeza. Sus deltoides y bíceps, y hasta los dorsales, crecieron al quedar en tensión, dejando a Segomedes pasmado.

—Definitivamente no tenemos el mismo concepto de pequeño —rio—. Supongo que has pasado mucho hambre y has adelgazado. Intentaremos conseguir más comida.

—Hambre, hambre —insistió ella dándose palmadas en la barriga, copiando la práctica de los griegos de gesticular al hablar.

—Ya, lo he entendido.

Un gruñido intestinal hizo pensar a Segomedes que las tripas de Panea querían dejar bien claras sus necesidades, pero se trataba de Tofilio, que abría los ojos. Con un movimiento de mentón, señaló al espartano y ambos se pusieron en pie.

El joven volvía en sí, y la tensión en todo el cuerpo demostró que, fuera lo que fuera que estuviera dentro de él, no esperaba retornar con su huésped amordazado. Las cuerdas que rodeaban el tronco estaban tan prietas que las marcas dejarían huella durante días, pero no era algo que preocupara a Segomedes. Incapaz de mover brazos y piernas, el ahora prisionero solo podía girar la cabeza de la lado a lado. Dirigió un gruñido a la pareja.

—¿Qué esperabas, que te dejara en la camita, arropado y con un arma bajo la almohada? ¿Qué idiota habría hecho eso, eh?

Sonrió y empuñando la espada se acercó con paso decidido, como el que se sabe en control de la situación.

—Segomedes —dijo Tofilio más con la garganta que con los labios.

El espartano sudaba profusamente, y no cejaba en sus intentos de escapar. De momento, las cuerdas aguantarían.

—Vaya, sabes mi nombre. ¿Has estado escuchando?

—No me ha hecho falta. Las respuestas que buscaba no han sido difíciles de hallar en la mente baldía de este hombrecillo.

Su voz sonaba lenta, arrastraba sílabas enteras para después acelerar el ritmo aleatoriamente, como si no tuviera el concepto de uniformidad a la hora de pronunciar.

—Te has tomado tu tiempo, pues.

—El tiempo es subjetivo.

—Podrías haber preguntado.

Panea, sin decir nada, cogió una lanza y fue a revisar las proximidades del mismo modo que había hecho Segomedes anteriormente.

—Los hombres mentís —espetó Tofilio, a lo que Segomedes expiró de golpe.

—Todo el tiempo, además. Pero si sabes que no somos una amenaza, es hora de que salgas de mi amigo.

—No puedo comunicarme en este plano... si no poseo un cuerpo físico.

Segomedes tocó la garganta de Tofilio con la punta de la espada.

—Entonces comunícate y desaparece. ¿Qué pasará si mato a Tofilio contigo dentro? ¿Dejarás de existir, o volverás al Tártaro?

—No lo harías —rio—, he presenciado vuestro viaje, jamás le harías daño. Sé cómo te palpita el corazón cuando el chico está en peligro o toma una decisión necia. Tu excesiva protección es un insulto a las capacidades de tu compañero. Oh, triste tebano, que se auto impone una tarea imposible para dar sentido a su vacía existencia.

Él se llevó el índice izquierdo a su sien.

—Has visto su viaje, no el mío. No sabes qué pensamientos guardo aquí, ni qué estoy dispuesto a hacer. Mi misión es más importante que la vida de un hombre, por auto impuesta que sea. ¿Qué eres, un espíritu del bosque, un alma condenada? Dame la versión resumida porque tengo prisa.

—Soy la druida Une'Ira, y resido en el Oráculo que buscas. Me gusta averiguar quién se adentra mi bosque, conocer sus intenciones y así enviar a los centauros... en caso necesario.

Segomedes, gratamente sorprendido, puso los brazos en jarras y miró alrededor.

—Vaya, eso ha sido más rápido de lo que me esperaba. Muy bien, dime

cómo llegar y sal de Tofilio.

—Te gusta demasiado dar órdenes, Tebano. ¿No quieres saber cómo os he detectado?

—No me interesa.

—¿Y no quieres saber por qué he tomado el cuerpo de Tofilio, específicamente?

—Tampoco.

Él señaló al Sol, justo en lo más alto.

—Es mediodía —añadió—, no tengo todo el día.

Tofilio quedó congelado durante unos segundos. Los músculos del espartano quedaron relajados, e incluso pareció que había dejado de respirar.

—¿Hola? ¿Sigues ahí, druida?

—Sigo aquí. Estoy intentando procesar lo cabeza huecas que sois los dos. Creo que ahora entiendo por qué os entendéis tan bien.

Dio media vuelta a mitad frase y dejó la espada sobre el tronco frente al fuego, varios metros atrás. Alzó los brazos en cruz para dejarlos caer.

—¿Y bien? Sigo esperando esos centauros. Tal vez el tiempo sea relativo para tí, pero en el mundo real se va a hacer de noche.

Dicho esto, volcó agua sobre la hoguera y comenzó a recoger las mantas.

—Eres... tan impaciente como irritable.

—Solo contigo —le chistó, tras lo cual dio varias palmadas—, apresúrate y dime cómo llegar.

—Iré con vosotros.

Segomedes se irguió con el semblante arrugado y habló con voz grave y tono autoritario.

—No. Apenas puedes hacer andar a Tofilio. Necesito a mis compañeros capaces de defenderse por ellos mismos, nos retrasarías y muy

probablemente harás que nos maten.

Tofilio tardó unos segundos en responder.

—Pareces muy seguro de que os ayudaré... pongas las condiciones que pongas. ¿Por qué piensas que mis intereses...?

Segomedes dio una zancada hacia Tofilio, e hinchando los pulmones, respondió a plena potencia.

—¡No necesito saberlo! ¡No tengo tiempo para escuchar tu historia ni me interesa! Nada de acertijos, nada de pruebas: direcciones claras y concisas.

Con otro paso, apuntó a Tofilio con el dedo. Su mano temblaba, pero no de miedo, sino de ira contenida.

—Y después saldrás de Tofilio, druida, o convertiré tu precioso bosque en cenizas en un incendio que se podrá ver desde el otro lado del mar.

No se había percatado de que Panea, a su lado derecho, había asegurado la zona y estaba de vuelta, justo a tiempo de verle fuera de sí. Por su expresión, el choque de ver el lado más emocional del soldado le tomó no solo por sorpresa, sino que dio un paso atrás.

La cabeza del espartano bajó lentamente en un silencio que Segomedes respetó.

—Tienes suerte de ser quien eres, insolente tebano. —Hizo una pausa y continuó, mirándolo de frente—. Necesitáis los centauros para entrar al Oráculo, así que escucha bien: remontad el río hasta que encontréis un árbol partido en dos. Continúad por el oeste, pasaréis varios monolitos; al quinto, girad al sur hasta que encontréis un camino que se bifurca. Avanzad recto y encontraréis el campamento de los centauros. Yo me adelantaré para prevenirlos de que acudís y así evitaremos que os matéis entre vosotros, visto el poco cerebro que tenéis.

Segomedes miró a la cíclope con cejas elevadas y sonrisa de oreja a oreja, lo que le regaló un tirón en la herida, arrancándole varios insultos pronunciados en voz baja para sí mismo. Al ritmo al que iba, el corte no terminaría de curarse jamás.

La mandíbula de Tofilio, por su parte, se abrió hasta casi desencajarse y de la garganta, una luz tenue se arrastró hasta la boca, para desaparecer del mismo modo que una llama se extingue con un soplo. Las piernas del espartano quedaron muertas, y su cuerpo de nuevo cayó en un estado

vegetativo. Segomedes no se mostró impresionado.

—Eso ha sido inesperadamente anticlimático. Ayúdame a desatar a Tofilio.

—¿Tofi bien? —preguntó ella apresurándose con el rostro compungido por la confusión.

—No te preocupes. Su simplicidad ha sido demasiado para la druida.

No iba a ser necesario acampar otro día ni mucho menos construir defensas. Sin esperar a que el espartano recuperara la consciencia, recogieron sus pertenencias para tenerlo todo listo en cuanto lo hiciera.